LA SEMANTICA

PIERRE GUIRAUD



La semántica, o estudio del sentido de las palabras, se cuenta entre las disciplinas cuyo intenso cultivo es característica peculiar de nuestra época. Sin embargo, el hecho de que se le conceda tanta atención ha conducido a no pocas confusiones y a tal multiplicación de matices, que es difícil aceptar el vocablo «semántica» como portador de un concepto bien definido.

Era urgente, pues, emprender una labor de deslinde para discernir los variados enfoques comprendidos bajo aquella designación. Es ésta la tarea principal que Pierre Guiraud se ha impuesto y cumplido con encomiable claridad en el presente libro. Su análisis de la significación, de los cambios de sentido y de los problemas estructurales ayuda a destacar los puntos en que la semántica participa de campos tan esenciales como la filosofía, la lingüística, la psicología y hasta la sociología, y precisa con ello el territorio cuya exploración le corresponde propiamente.

epublibre

Pierre Guiraud

LA SEMÁNTICA

ePub r1.0

Titivillus 19.03.2023

Título original: *La sémantique*
Pierre Guiraud, 1955
Traducción: Juan A. Hasler

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1







Índice de contenido

Al Instituto de Estudios Franceses
de la Universidad de Groninga
como recuerdo de nuestro seminario de 1954-1955

INTRODUCCIÓN

1. Las tres semánticas

La semántica es el estudio del sentido de las palabras.

Pero observaciones, teorías y puntos de vista recientes vuelven a plantear en la actualidad este viejo problema y, como todas las ciencias a la vez muy viejas y muy jóvenes, la semántica adolece de una inexacta definición de su finalidad, y de poca precisión en su terminología. Por eso, tanto el especialista como el lego se sienten desorientados ante los usos que de este término encuentran cada día.

Semantics, a Red Weapon in War on Free Enterprise[1] proclama el *New York Times* a tres columnas. Y si «la filosofía constituye la semántica y la sintaxis del lenguaje científico», ¿cómo pueden ser los vagidos del recién nacido un «reflejo semántico»? ¿Y qué serán la «semántica del jazz», la de la lucha libre, la del cartelón?

Lo que pasa es que la palabra que designaba en un principio una rama especial del estudio del lenguaje, ha sido adoptada por los lógicos y los psicólogos, y pertenece hoy a tres disciplinas distintas.

El vocablo *semántico*, del griego *semaino*, «significar» (a su vez de *sēma*, «signo»), era originalmente el adjetivo correspondiente a «sentido». Un cambio semántico es un cambio de sentido, el valor semántico de una palabra es su sentido. Después de aplicarse a la palabra, esta expresión se extiende a todos los signos, y se habla de la función semán-

tica de los colores del blasón o de los gallardates de la marina, del valor semántico de un gesto, de un grito, de un signo cualquiera mediante el cual trasmitimos un mensaje y nos ponemos en comunicación con otras personas. Es semántico todo lo que refiere al sentido de un signo de comunicación, particularmente las palabras.

Hay tres órdenes (principales) de problemas semánticos:

a) Un problema *psicológico*: ¿Por qué y de qué modo nos comunicamos? ¿Qué es un signo y qué ocurre en nuestra mente y en la de nuestro interlocutor cuando se establece la comunicación? ¿Cuál es el sustrato y el mecanismo fisiológico y psíquico de esta operación?, etcétera.

b) Un problema *lógico*: ¿Cuáles son las relaciones del signo con la realidad? ¿En qué condiciones es aplicable un signo a un objeto o a una situación que el signo debe significar? ¿Cuáles son las reglas que garantizan una significación verdadera?, etcétera.

c) Un problema —o, mejor dicho, problemas— de orden *lingüístico*, pues cada sistema de signos sigue reglas específicas en relación con su naturaleza y función.

La semántica lingüística —la semántica por excelencia, objeto único de la presente obra— estudia las palabras en el seno del lenguaje: ¿Qué es una palabra; cuáles son las relaciones entre la forma y el sentido de una palabra, y entre una palabra y otra; cómo garantizan éstas su función?, etcétera.

La semántica participa, pues, de tres ciencias distintas: la psicología, la lógica y la lingüística, que estudian, cada una por su lado, el problema de la significación y del sentido de los signos. Ciertamente, no se han presentado siempre estos

problemas bajo el título de semántica, y muchos «hacen semántica sin saberlo», pero en los últimos tiempos una escuela de lógicos por una parte, y un grupo de psicólogos por otra, han reivindicado expresamente la palabra, y actualmente existen junto a la *semántica* (lingüística) una *semántica filosófica*, ligada a la lógica Simbólica, y una *semántica general*, que es una psicosociológica del signo.

Estas tres acepciones de la palabra, correspondientes a tres aspectos de un mismo proceso, están en estrecha interdependencia; su campo y sus problemas se entrecruzan y se confunden constantemente.

2. La semántica lingüística

Esta ambigüedad repercute en el interior de la lingüística, donde el contenido de la semántica está todavía mal definido. En un principio estudia los cambios de sentido y coincide más o menos con el análisis de las «figuras» de la antigua retórica; luego recoge las observaciones y tesis de la lógica y de la psicología, con lo cual extiende su campo por nuevos derroteros: teoría del signo lingüístico, función psicosocial del lenguaje, estructuras lexicológicas, etc., con lo cual sólo se logra oscurecer una terminología que ya era insegura desde el principio.

Los gramáticos tenían ya, desde principios del siglo XIX, el término *semasiología*, o estudio de los significados (también de *sema*, «signo»).

El lingüista francés Michel Bréal lo sustituye por el de *semántica* para designar «la ciencia de los significados» y de las «leyes que rigen la transformación de los sentidos»,[2] que es «un estudio tan reciente que ni siquiera ha sido bau-

tizado», y que proviene de la semasiología, renovándola y enriqueciéndola.

Desde este momento ambas palabras se confunden y su uso generalizado impide la aceptación de nuevos términos, como sematología, glosología, Temática, rematología, etc, que surgen esporádicamente. El término *semántica*, que nosotros empleamos, está en vías de suplantar a *semasiología*, por lo menos en Francia y en los países de habla inglesa, donde la obra de Bréal garantiza su difusión.

Bajo este título expongo el conjunto de problemas que plantea el estudio de las palabras consideradas en su sentido; definición demasiado amplia según algunos, demasiado estrecha según otros. No deberá, pues, extrañar si en las páginas siguientes se encuentran problemas y teorías que no siempre han sido designados como semánticos por sus autores, o que incluso han sido situados por ellos expresamente fuera del campo de la semántica, tal cual la definen ellos.

La semántica es el estudio del sentido de las palabras: el lenguaje es un medio de comunicación; la lengua es el instrumento de que nos valemos para trasmitir nuestras ideas. «¡Mozo, un burdeos!», trasmite a cierta persona mi deseo de conseguir cierta cosa, y esta persona me comprende: la idea, es decir, la imagen del vaso de vino que tengo en la mente, se forma a su vez en la suya.

Se trata de un proceso complejo que implica las cosas, la imagen mental de las cosas, la formación de los sonidos, su disposición en un orden determinado, la audición, la formación de la imagen en la mente del oyente; toda una serie de problemas que interesan a la epistemología, a la lógica, a la psicología, a la fisiología, a la acústica y a la lingüística.

En este último plano es posible descomponer la cadena hablada en tres elementos: sonidos, palabras, construcciones sintácticas, que se definen a la vez por su forma y por su función.

La semántica es el estudio de la función de las palabras; esta función consiste en transmitir un sentido.

	forma	función
sonidos		
palabras		semántica
construcciones		

Sobre este esquema insistiremos más adelante para aclararlo y matizarlo; destaquemos por lo pronto que la semántica definida de esta manera presenta dos problemas fundamentales.

1) El problema del *sentido*: ¿Por qué la palabra «burdeos» significa en nuestro idioma un vaso de vino? ¿No tiene otros significados? ¿Cómo y por qué adquirió el que nos ocupa? ¿Cuáles son sus relaciones con las otras palabras?, etcétera.

2) El problema de la *significación*: ¿Qué es una palabra? ¿Cuál es su función? ¿Y cómo se garantiza ésta? *Significación* se toma aquí, pues, en el sentido activo de sustantivo verbal: significación; es un proceso psicológico, mientras que *sentido* tiene un valor estático, es la imagen mental que resulta del proceso. Debe evitarse la indistinción del lengua-

je corriente, que confunde el *sentido* y la *significación* de la palabra.[3]

La significación toca a la psicología, y el objeto de la semántica lingüística es esencialmente el estudio del sentido de las palabras. Pero el sentido está en estrecha relación con el mecanismo del proceso significante; de esta manera, antes de abordar el análisis, o siquiera la simple definición del sentido y de la semántica, es indispensable presentar y considerar en su conjunto el problema de la significación, del cual el lenguaje no es más que un caso particular.

Así definida, nuestra ciencia abarca un campo amplísimo que, aun limitado a la lengua, invade los terrenos de la lógica, la psicología, la teoría del conocimiento, la sociología, la historia, etcétera.

En estas ramas se encuentra una bibliografía voluminosa sobre el particular, pero los límites de este librito me obligan a sacrificar cierto número de cuestiones (retórica, etimología, semántica de Bréal) en provecho de aspectos menos conocidos y más recientes, y a reducir a sus grandes líneas, forzándolos en esquemas simplificados, problemas cuya delicadeza, matiz y complejidad son esenciales.

La presente obra no será, pues, otra cosa que una introducción a obras más completas, entre las cuales hay que mencionar *Meaning and changes of meaning* de Stern, que ofrece, sin lugar a duda, la recopilación más rica de ejemplos y la clasificación más coherente y sutil de que se dispone actualmente; *The principles of semantics* de Ullmann, completado con un *Précis de sémantique française*, es el manual más sistemático y actual.

Estas obras se citan repetidas veces en las páginas siguientes, y hubieran podido mencionarse más todavía, pues

constantemente seguiremos sus huellas y atravesaremos su camino.

I. LA SIGNIFICACIÓN: EL PROCESO SEMÁNTICO

1. Signos y significación

La significación es el proceso que *asocia* un objeto, un ser, una noción, un acontecimiento, a un signo susceptible de evocarlos: una nube es signo de lluvia, un fruncimiento de ceño es signo de perplejidad, el ladrido de un perro es signo de enojo, la palabra «caballo» es el signo del animal.

Un signo es por tanto un excitante, un *estímulo*, como dicen los psicólogos, cuya acción provoca en el organismo la imagen recordativa de otro *estímulo*; la nube evoca la imagen de la lluvia, la palabra la imagen de la cosa.

Lo que se llama experiencia o conocimiento no es sino una «significación» de la realidad, de la cual las técnicas, las ciencias, las artes, los lenguajes, son los modos particulares; de ahí la importancia, la universalidad del problema de la significación así planteado; vivimos entre signos, y una ciencia general de la significación abarcaría el conjunto de las actividades y de los conocimientos humanos.

Pero hay una categoría de signos que nos ocupa aquí de manera muy particular, se trata de los signos sociales: la nube es signo de lluvia en virtud de una relación natural, y el perro puede ladrar de manera espontánea, sin la intención de informarnos de su enojo y de prevenirnos de sus ataques; cuando gime, al contrario, para que le abramos la puerta, nos *comunica* su deseo de salir y sabe que lo comprendemos; el signo se vuelve *instrumento de comunicación*.

Pero antes de abordar la discusión de esta distinción esencial, hay que definir la naturaleza del signo considerado en su generalidad.

Un signo es un *estímulo asociado* a otro *estímulo*, del cual evoca la *imagen mental*. La significación es, por tanto, un *proceso psíquico*; todo ocurre en la mente.

La naturaleza de esta asociación constituye el problema fundamental de la teoría de los signos y de la psicología; el conductismo (behaviorismo) o psicología de la conducta y la psicología experimental en general han concedido un sitio preponderante al problema del signo, y lo han situado en el centro de sus observaciones y de sus hipótesis: es de sobra conocido el experimento clásico del perro de Pavlov.

Dicha psicología supone que todo *estímulo* deja una *huella mnemónica* en el organismo, que todo nuevo *estímulo idéntico* o *asociado* al primero puede hacer resurgir.

De esta manera, ver una nube evoca la imagen de otra nube ya vista, y al mismo tiempo evoca las *imágenes asociadas* con esa nube, en particular la de la lluvia; el ruido de platos, la de la comida; la vista de una llama, el recuerdo de una quemadura; el ladrido de un perro, la imagen de un perro; y del mismo modo la palabra «perro», es decir, los sonidos que forman esta palabra, evoca, al llegar a nuestros oídos, la imagen del animal al cual están asociados. Veremos más tarde las críticas a este punto de vista, algo anticuado a los ojos de la psicología moderna. En todo caso, era el punto de vista de Saussure (compárese a continuación).

Esta asociación es de naturaleza *psíquica*, no son las cosas, sino las imágenes de las cosas y la idea que de ellas nos formamos, los que se asocian en nuestra mente; y según Saussure, «el signo lingüístico no une una cosa y un nombre, sino un concepto y una imagen acústica».

Todo signo es un estímulo asociado.

Pero hay dos grandes tipos de asociaciones significantes: los signos naturales y los signos artificiales.

Los primeros están basados en relaciones de fenómenos que se localizan en la naturaleza, la asociación «nube-lluvia» por ejemplo; todos nuestros conocimientos, nuestras técnicas, nuestras ciencias, equivalen a percatarse de modo más o menos sutil y más o menos preciso de estas relaciones naturales, que adquieren valor de signo en la medida en que las asociamos en nuestra mente.

Los signos artificiales son de factura humana (o animal) y se subdividen a su vez en dos grupos: unos sirven para *representar* lo real —un dibujo, un plano, un registro fonográfico por ejemplo—; otros sirven para comunicarse con otro ser —el lenguaje articulado, un ademán de cortesía, una señal—. No hay límite tajante entre ambas funciones, pues utilizamos frecuentemente signos de representación para comunicar —una fotografía, por ejemplo—. Pero ambos grupos se diferencian entre sí por su naturaleza. Los primeros son reproducciones de caracteres naturales de la realidad, son *imágenes* o *iconos*; los segundos son signos convencionales, son *símbolos*.[1] Un retrato de Pérez es un icono; el estímulo acústico «peres» no postula ninguna relación natural con Pérez, con la palabra «gonsales» se hubiera logrado lo mismo, lo único que importa es darse a entender. La asociación resulta únicamente de un acuerdo entre los que han convenido en que «peres» designa a Pérez —estamos, puede verse, en presencia de un símbolo.

Entre los signos iconográficos se consideran todos los modos de representación directa de lo real: fotografía, fonografía, registros diversos, así como las artes. La pintura re-

produce las líneas y los colores de las cosas, la escultura su masa y su volumen, la música representa a veces la imagen integral de los sonidos, más frecuentemente la de las relaciones de altura, cantidades y tiempo tal como existen en la naturaleza. Pero hay siempre al mismo tiempo una parte mayor o menor de simbolización y de convención en las artes; testigo es la evolución de los cánones estéticos.[2]

Los signos de comunicación propiamente dichos son esencialmente *convencionales*: su sentido resulta siempre de un acuerdo entre quienes los emplean. Por ejemplo: cierto dibujo representa de manera natural dos niños que salen de la escuela, pero no es sino en virtud de una convención que el rótulo amarillo al lado de la calzada «significa» la presencia de una escuela y la exhortación a la prudencia.

Y aquí surge una nueva distinción; ciertos símbolos evocan los caracteres naturales de las cosas, como sucede con las señales de tránsito, mientras que otros son puramente convencionales.

Hay *símbolos motivados* o iconográficos y hay *símbolos arbitrarios* o puros; son convencionales en ambos casos, pero la asociación convencional no excluye (ni tampoco postula) la existencia de asociaciones naturales entre el signo y la cosa significada.

Los códigos de urbanidad, las modas, los ritos, las convenciones sociales, son símbolos iconográficos o motivados; aquí se inclina la cabeza como signo de sumisión, allí se eructa como signo de buena digestión; hay, pues, una liga natural entre el signo y su sentido, pero que no es suficiente y ni necesaria para evocar el sentido, ya que de todas maneras es una convención.

Los lenguajes son símbolos puramente Convencionales, en los cuales la asociación natural no ha existido jamás o ya

no es sentida. Pero también ahí los límites son imprecisos entre los símbolos puros del álgebra o los iconos de las gráficas y de los sistemas de señales. Hasta el lenguaje articulado supone una gran parte de motivación: las onomatopeyas, por ejemplo, que son signos iconográficos; la poesía, que es un arte del lenguaje, del cual explota las virtualidades de representación natural: armonías imitativas o evocadoras, ritmos cuyas proporciones, al igual que en la música, están calcados del movimiento y la duración interior de nuestras emociones.

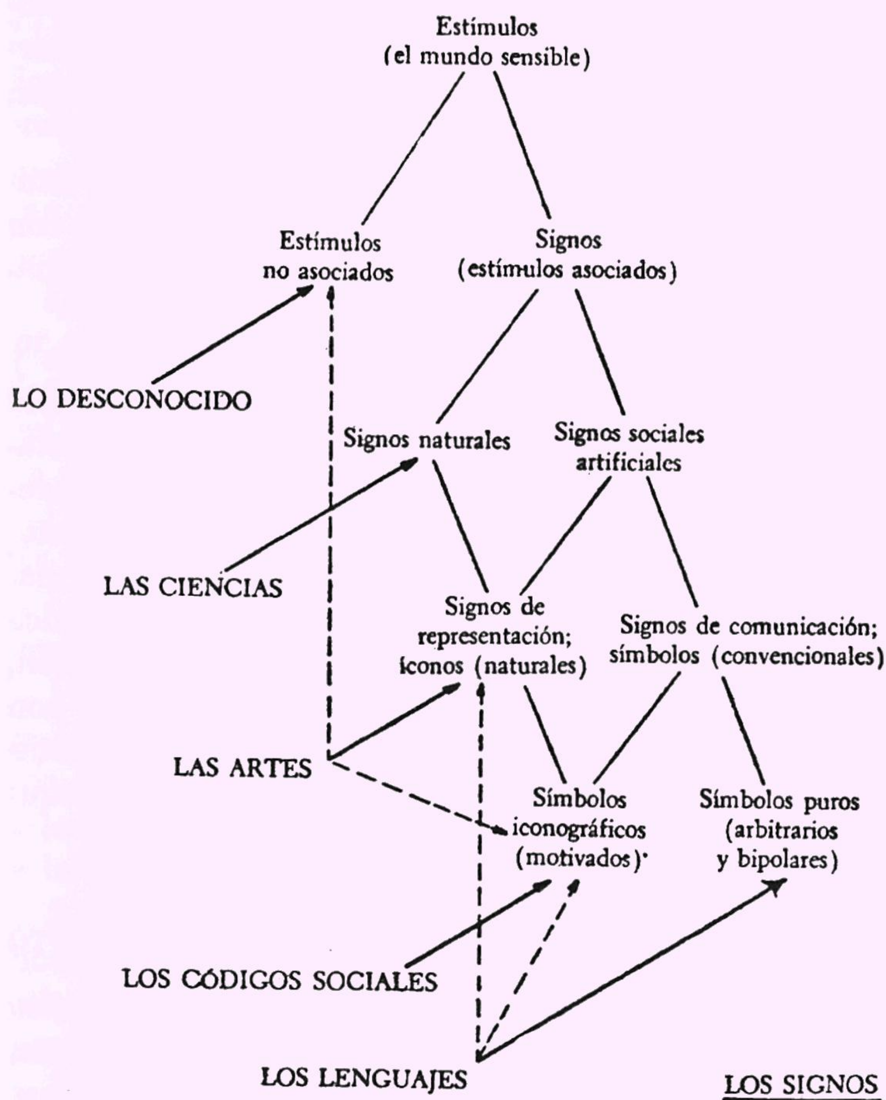
La mayoría de los sistemas son mixtos y muy pocos son puros; pertenecen, sin embargo, a uno de los cuatro grandes tipos (esquema de la página siguiente):

a) Los signos naturales, reconocidos y clasificados por nuestras técnicas, nuestras ciencias y nuestros conocimientos.

b) Los signos de representación o iconos, que reproducen los caracteres naturales de las cosas, y entre los cuales figuran las artes.

c) Los signos de comunicación o símbolos asociados convencionalmente a las cosas que designan, y cuyo tipo es el lenguaje articulado, aunque estén fuertemente teñidos de asociaciones naturales en algunas de sus formas.

d) Los signos de comunicación icono-simbólicos, entre los cuales se cuentan los ritos, los códigos sociales, las modas, etcétera.


Estímulos
(el mundo sensible)
Estímulos
no asociados
Signos
(estímulos asociados)
LO DESCONOCIDO
Signos naturales
Signos sociales
artificiales
LAS CIENCIAS
Signos de
representación;
iconos (naturales)
Signos de comunicación;
símbolos (convencionales)
LAS ARTES
Símbolos
iconográficos
(motivados)
Símbolos puros
(arbitrarios
y bipolares)
LOS CÓDIGOS SOCIALES
LOS LENGUAJES
LOS SIGNOS

En el plano de los signos sociales, corresponde una primera oposición entre imagen y símbolo a representación natural y representación convencional (una fotografía y una fórmula algebraica); entre las dos tenemos imágenes convencionalizadas y símbolos-imagen (un plano y una onomatopeya).

El lenguaje articulado, único objeto de nuestro estudio, pertenece a la categoría de los símbolos puros con una parte notable de elementos de representación natural.

Hay, además, otra oposición entre signos técnicos y signos estéticos. En estos últimos, está sobrepasada la función primaria de representación; el signo está dotado de características secundarias que le permiten representar de una cierta manera. De esta forma, la fotografía de identidad se opone a la artística, de igual manera que lo hace el arte del pintor a la simple técnica de reproducción artesana, el disco a la interpretación, etcétera; la literatura, y especialmente la poesía, son artes del lenguaje. Sin embargo, el estudio de estas últimas es objeto de la estilística y nos interesa aquí únicamente de manera accesoria.

3. El significado lingüístico: sentido y concepto

Ferdinand de Saussure dejó en su *Curso de lingüística general* un esquema de la comunicación lingüística que, adaptado o corregido en algunos puntos, sirve de base para todas las teorías y todos los tratados de semántica modernos.

La comunicación supone un locutor (o sujeto hablante), un oyente, una cosa que el locutor quiere comunicar al oyente, y signos lingüísticos mediante los cuales la comunica.

La vista o el recuerdo de un ÁRBOL evoca en la mente del interlocutor la imagen visual o concepto (*arbor 1*), este concepto evoca por asociación la imagen acústica de la palabra (*árbol*); los sonidos («árbol») trasportados por el aire en forma de ondas sonoras inciden en el oído del oyente, y provocan en su mente la imagen acústica (*árbol*), la cual evoca por asociación la imagen conceptual (*arbor 2*).

Existe, por lo tanto, una *asociación psíquica bipolar* que comprende dos términos: la forma significante y el contenido significado; y dos fases: la evocación del nombre por la cosa y la de la cosa por el nombre. Es un proceso recíproco.

La comunicación será eficaz en la medida en que las imágenes *arbor 1* y *arbor 2* coincidan.

Este esquema se basa en un sistema de relaciones muy complejas:

1) Relaciones entre el concepto y la cosa. ¿Cómo se forma en la mente la imagen conceptual? ¿Cuáles son sus nexos con la cosa? Problemas que conciernen a la psicología, la ciencia (o conocimiento de la cosa) y la epistemología (crítica de este conocimiento).

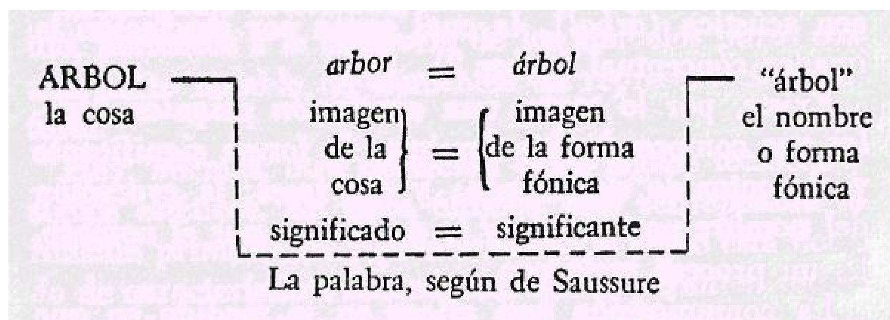
2) Relaciones entre el concepto y la imagen acústica del signo. Es el problema de la significación, que concierne a la vez a la psicología, la lógica y la lingüística (semántica).

3) Relaciones entre la imagen acústica del signo y su forma sonora actualizada. Problema de la fonación, que interesa a la fisiología y a la fonética.

4) Trasmisión y recepción del signo, que interesa a la acústica, la teoría de la información y la fisiología de la audición.

5) , 6), 7) Formación de la imagen acústica y del concepto en la mente del oyente, y relación del concepto recibido con el objeto.

Lo que en lenguaje común llamamos «palabra» es una forma fónica (o gráfica) que evoca una cosa en virtud de una convención. La palabra comprende, de hecho, cuatro elementos distintos:



La palabra, según de Saussure

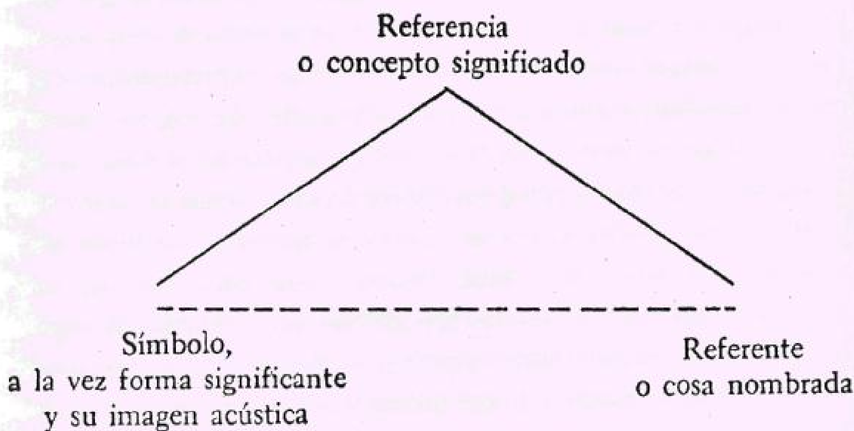
La cosa ÁRBOL y la forma fónica «árbol» son dos sustancias concretas y no pertenecen al sistema de la lengua, que es «una suma de improntas mentales». ÁRBOL concierne a la botánica, a la horticultura, a la estética, etc.; «árbol» a la fisiología, a la acústica, a la fonética; porque «el signo lingüístico no une una cosa con un nombre, sino un concepto con una imagen acústica».

Según Saussure, los problemas de la conceptualización (*1* y *7*) y los de la fonación y de la audición (*3*, *4* y *5*) son extralingüísticos. Al lingüista interesa únicamente el estudio de las relaciones entre el significante *árbol* y el significado *arbor*.

Semejante estudio es a la vez psicológico, lógico y lingüístico en sentido estricto: psicológico, por ser el significante y el significado dos imágenes mentales asociadas; lógico, porque el significante tiene por función identificar el concepto, evocarlo y trasmitirlo sin deformarlo ni confundirlo: lingüístico, porque los signos constituyen un sistema de símbolos de naturaleza especial, llamado lengua.

Este esquema no ha sido aceptado siempre en esta forma; muchos le reprochan excluir la cosa significada.

Uno de los sustitutos más interesantes es el triángulo de Ogden y Richards, que ha servido de base para muchos estudios recientes, en particular el de Stern.



El triángulo, como se ve, incluye el referente o cosa nombrada; pero se notará al mismo tiempo (obsérvese al pie la línea punteada) que no hay *relación directa* entre el referente y el símbolo; de hecho, se vuelve a la relación bipolar y de naturaleza psíquica propuesta por Saussure.

No existe contradicción alguna entre los dos esquemas, pero el primero quiere subrayar el carácter psíquico de todo fenómeno lingüístico, y el segundo la autonomía de la palabra y de la cosa: la palabra no es la cosa. Son puntos de vista de psicólogos y de lógicos, frente a los cuales Saussure sostiene la autonomía de la lingüística.

El triángulo de Ogden tiene el mérito de reintroducir la cosa nombrada que, extralingüística o no, el semántico no puede ignorar.

Por otra parte, conviene señalar que el *Curso* de Saussure ciertamente postula la semántica, pero sin jamás llegar a formularla, en cuyo caso hubiera seguramente ampliado las

bases de su análisis, llevándolo a la consideración de problemas prácticos.

La definición que da Saussure del signo es, sin embargo, puesta en duda por la psicología moderna y, ante todo, las nociones de concepto, de imagen mental, de huella mnemónica, que son actualmente rechazadas por la medicina y la fisiología, sin que dichas ciencias hayan llegado a una descripción o a una definición de estos fenómenos que sean satisfactorias y comprobadas por los datos inmediatos de nuestra experiencia. Por lo tanto, aunque invitan al lingüista a tener mucha prudencia en la utilización de dichos términos, negando a éstos a la vez todo valor epistemológico, parece que se les puede conservar en la práctica y que puede seguirse hablando de concepto, aunque sabiendo que no conocemos muy bien la naturaleza exacta de esta noción, o hablar de imagen mental aunque sabemos desde luego que no tenemos un minúsculo cine en el cerebro. Otra crítica del esquema de Saussure se refiere a los diferentes niveles del progreso en el acto de significar, dentro de la perspectiva de una psicología actualmente superada y que distingue sensación, percepción, memorización, etcétera. Aquí también, el lingüista es tributario de la fisiopsicología, aunque, dado el estado actual de esta ciencia, continúa siendo más o menos prisionero de la terminología tradicional.

4. Sentido y relación

Al mismo tiempo que la psicología pone en duda la definición de un contenido mental del signo, la lingüística moderna, de inspiración estructuralista, rechaza la noción misma de sentido, concebido como una imagen agregada al significante, de la cual éste sería portador.

Las palabras no tienen sentidos, únicamente tienen empleos. Traté este problema en varias ocasiones, especialmente en mi *Gramática* (capítulo 3) y en mi *Sintaxis* (capítulo 1). El sentido, tal como nos es comunicado en el discurso, depende de las relaciones de la palabra con las otras palabras del contexto y estas relaciones son determinadas por la estructura del sistema lingüístico. El sentido, o mejor, los sentidos de cada palabra, son definidos por el conjunto de estas relaciones y no por una imagen de la cual aquélla sería portadora. La Palabra «sentido» vuelve a encontrar así su etimología ya que indica «dirección», es decir, orientación hacia otros signos.

Esta idea deriva de la noción que tiene Saussure de «*valor*», o sea de la relación del signo con las otras formas del lenguaje (véase mi *Gramática*, capítulo 3). Así, tomando un ejemplo simplificado, los valores y, en consecuencia, los empleos de la palabra «*rojo*» dependen de la existencia o no existencia en el idioma de palabras como *naranja, rosa, púrpura*, etcétera, y en ausencia de éstas, la *sangre*, la *luna* y una *mandarina* son igualmente *rojas.* Es el estado del idioma el que determina los valores de la palabra, que no son otros que las posibilidades de relación que definen un campo de empleo en el discurso.

Prosiguiendo el análisis de Saussure, muchos lingüistas modernos consideran que el idioma no es más que un sistema de valores y que las palabras no tienen sentido o que, en todos los casos, dicho sentido no podría ser definido como una «imagen» o un «contenido mental» cuyo signo sería su «portador», como, por cierto, lo decía el propio Saussure.

Aun con riesgo de repetir lo que he expresado, diré que yo creo, al igual que Saussure, en la necesidad de las dos nociones de valor estructural y de contenido semántico. Lejos de excluirse se complementan. En efecto, por una parte, la

palabra se encuentra abierta hacia posibilidades de relación que van de acuerdo con la estructura del sistema lingüístico; pero, por otra parte, a medida que dichas relaciones, virtuales hasta entonces, son efectivamente realizadas en el discurso y reconocidas por los hablantes, el efecto de sentido que resulta de ello se fija en la memoria y se adhiere desde ese momento al signo, confiriéndose un contenido.

5. Arbitrariedad y motivación

El signo es *arbitrario* en la medida en que no existe entre el significante y el significado ninguna relación que no sea una pura convención entre los hablantes; en caso contrario, el signo se dice *motivado.*

Uno de los postulados de la lingüística moderna es que la lengua es un sistema de símbolos arbitrarios e inmotivados; que no hay ningún nexo natural entre el nombre y la cosa nombrada y que, por lo tanto, sólo en virtud de una relación netamente convencional las palabras *caballo, horse* o *Pferd* designan tal animal.

El problema de «la arbitrariedad del signo lingüístico» ha suscitado desde Saussure numerosas discusiones. Parece efectivamente que Saussure tenía en mente sobre todo la teoría, entonces en boga, de un origen onomatopéyico de los sonidos, sin excluir la noción de motivación en otros planos.

Tenemos así tres nociones: *arbitrariedad, motivación, convención. Arbitrario* se opone a *motivado* y tiene como corolario *convencional,* dado que en ausencia de toda motivación únicamente la convención fundamenta la significación. Pero *convencional* no excluye a *motivado.* Por otra parte, la esencia del signo lingüístico es la convencionalidad y no lo arbi-

trario, convencionalidad que *tiende* a la demotivación del signo y por lo mismo a la arbitrariedad, pero que no excluye la motivación; simplemente, en este caso, la motivación constituye una característica secundaria, no necesaria inmediatamente y que por lo mismo tiende a alterarse, a oscurecerse y a menudo a borrarse. La observación de los fenómenos lingüísticos permite afirmar dos hechos indiscutibles. Primero, una vasta gama de las palabras que empleamos efectivamente es motivada y dicha motivación, más o menos consciente, según los casos, determina el empleo de esas palabras y su evolución. Segundo, toda nueva creación verbal es necesariamente motivada; toda palabra es siempre motivada en su origen y conserva esta motivación por más o menos tiempo, según los casos, hasta el momento en que acaba por caer en la arbitrariedad, dado que la motivación ha cesado de ser percibida.

He ahí la gran diferencia entre los códigos y los lenguajes. En un código, todo nuevo término es dado con su definición (los lenguajes científicos como el álgebra o la física son códigos en cierta medida). En el lenguaje de comunicación, por el contrario, la convención no es nunca explícita; el sentido del nuevo término se encuentra implicado en la situación que permite al interlocutor reconocerlo e interpretarlo; y en la medida en que esta nueva palabra es reconocida, aceptada y repetida se instituye una convención; convención tácita a partir de la cual la motivación inicial pierde su función etimológica y tiende a oscurecerse.

Pero, al principio, todas las palabras son motivadas y muchas continúan siéndolo durante algún tiempo. La motivación constituye, pues, una de las características fundamentales del signo lingüístico. Puede tomar dicha motivación cuatro formas: fonética, metasémica, morfológica y paroní-

mica, siendo externas las dos primeras e internas las últimas.

1) La motivación es exoglótica cuando se basa en una relación entre la cosa significada y la forma significante, fuera del sistema lingüístico.

a) Hay *motivación fonética, directa* y *natural*, en las onomatopeyas que se basan en una analogía entre la forma fónica y la cosa designada. La onomatopeya es acústica cuando reproduce un ruido (*run-rún, chasquear*). Es fonocinética, cuando los órganos que emiten la palabra reproducen el movimiento designado (*desliz, picar, toque*); es también fonometafórica cuando compara un ruido o movimiento a formas, colores, sentimientos, etc.…

El signo onomatopéyico tiene siempre como base una convención y tiende a desmotivarse, aunque no deja de ser cierto que todas las lenguas explotan la motivación fonética, que, bajo formas diversas, desempeña un papel muy importante. Esto es particularmente evidente en el lenguaje poético; ya mostré en otra parte,[3] la existencia y la importancia de los campos onomatopéyicos que se forman en el interior del sistema lingüístico.

b) Hay *motivación metasémica* en el caso de los cambios de sentido. La significación es entonces relevada. Así, en la metáfora que designa a un pez con el nombre de *loup* (*lobo*) tenemos un significante acústico primario (la forma fónica *loup*) que designa normalmente cierto mamífero, y este primer significado constituye un significante secundario que lleva a un segundo significado, el pez. Hay un doble sistema de signos, el significado primario, que constituye un significante secundario, y entre significado y significante secundario se vuelve a encontrar los mismos problemas semánticos de la motivación y de su oscurecimiento subsiguiente.

Este proceso es de gran importancia en la creación poética, mítica y simbólica; lo describo detalladamente en mi artículo sobre la semiología de la expresión poética (*cfr., op. cit.*, n. 1).

2) La motivación es endoglótica cuando se origina en el interior del propio sistema glótico, es decir, de la propia lengua. La relación motivante ya no está aquí entre la cosa significada y la forma significante, sino entre la palabra y otras palabras que ya existen en esa lengua.

a) La *motivación morfológica* o morfemática es el tipo más general y más fecundo. Se basa en la composición, por ejemplo formando *platanar* a partir de *plátano*, siguiendo el antecedente de manglar, pinar, etc.

b) La *motivación paronímica*, menos regular y más accidental, se basa en la comparación o la confusión de dos formas idénticas (homónimas) o vecinas (parónimas); (véase al respecto lo escrito en el cap. IV). En muchos casos, la motivación endoglótica se combina con la combinación eroglótica, por lo que ciertas onomatopeyas pueden ser precipitadas y actualizadas debido a estructuras existentes en el léxico. Ocurre lo mismo con las metáforas o con algunos préstamos. Respecto de estos problemas consúltese el capítulo V y mi libro *Étymologie*.

3) Motivación y demotivación. *Todas las palabras son etimológicamente motivadas*, ya sea que se trate de préstamos (cuya motivación se encuentra en la lengua original), de onomatopeyas, de derivados o compuestos, o de cambios de sentido. Aunque en teoría nada se opone a la creación de palabras de manera completamente arbitraria, *de hecho* tales creaciones no existen.[4]

Todas las palabras son, en consecuencia, etimológicamente motivadas, pero, y he aquí lo importante, *esta motivación*

no es ni determinada ni determinante.

No es enteramente determinada, porque la reacción continúa siendo siempre libre dentro de ciertos límites. Es *contingente*: cualquier modo de motivación es siempre posible; se designa al «cuco» por onomatopeya, al «carpintero» por metáfora, al «petirrojo» por sinécdoque; en idioma francés se considera que las especies son vendidas por el especiero, pero que el tabaco lo es por el «comerciante de tabaco» a la vez que los remedios son vendidos por el «boticario».

Por otra parte, la motivación no es determinante, pues no es necesaria para el sentido, que se actualiza por una asociación convencional. De ello resulta que termine por ser olvidada. De esta suerte, ya no se ve la asociación etimológica entre un «Banco» (comercial, hipotecario) y un «banco» de sentarse. ¿Y quién asocia un «sándwich» con Lord Sandwich o los «espejuelos» con un espejo?

Este oscurecimiento de la motivación no es tan sólo un fenómeno general, sino a menudo imprescindible para evitar una restricción del sentido. Por ejemplo, un «cuco» es ciertamente una ave cuyo canto es sugerido por su nombre onomatopéyico, pero este rasgo *no* es su *única* característica. La palabra en uso, no debe evocar un rasgo único, sino el conjunto de la cosa que designa. El rasgo motivante no es siempre lo realmente esencial; tal es el caso de «tortuga», cuyo étimo no alude a su caparazón sino a sus patas torcidas.

De lo anterior se concluye que en el uso cotidiano la motivación debe borrarse en provecho del sentido al que, en caso contrario, amenazaría con restringir, y aún con alterar.

En consecuencia, lo arbitrario del signo es una condición de su buen funcionamiento. Son sólo los lenguajes «puros»,

como el álgebra, aquellos que forjan sistemas de símbolos carentes de toda asociación extraconvencional.

Pero la motivación es una fuerza creadora inherente al lenguaje social, que es un organismo vivo de origen empírico. Sólo después de creada y motivada (natural o endoglóticamente) la palabra, las exigencias de la función semántica traen consigo un oscurecimiento de la motivación etimológica que, al borrarse, puede causar una alteración del sentido.

El estudio de este doble proceso, que se encontrará continuamente a lo largo de la presente obra, constituye uno de los problemas esenciales de la semántica.

6. Conclusión

La lengua es un sistema de signos que nos sirve para comunicar nuestras ideas, evocando en la mente de otro las imágenes conceptuales de las cosas que se forman en nuestra propia mente. La palabra no trasmite la cosa, sino la imagen de la cosa.

El signo lingüístico es una *asociación de dos* imágenes mentales, una *forma acústica significante* o nombre, y un *concepto significado* o sentido.

Esta *asociación* es un proceso *psíquico, bipolar* y *recíproco*, ya que el nombre evoca el sentido y el sentido evoca el nombre.

La asociación significante es *convencional*, resulta de un acuerdo entre los que emplean la lengua.

Sin embargo la palabra siempre está originalmente motivada, sea que haya una *relación natural* entre la forma acústica y la cosa significada (onomatopeya, exclamaciones), o una relación *endoglótica* entre las palabras en el interior de

la lengua, relación que puede ser de orden *morfológico* (derivación, composición) o *semántico* (cambio de sentido).

Pero esta *motivación etimológica*, que es una de las fuerzas creadoras del lenguaje, continúa siendo *contingente*: el creador de una palabra queda siempre en libertad de eligir entre los diferentes modos de motivación creadora. Por otra parte tampoco es *esencial*, ni *semánticamente determinante* y tiende a oscurecerse y a borrarse en provecho de la asociación convencional, que es la única que acredita el sentido.

II. LA SIGNIFICACIÓN: LA FUNCIÓN SEMÁNTICA

La comunicación postula teóricamente un solo nombre para cada sentido y un solo sentido para cada nombre. Pero, de hecho, se habla indiferentemente de una operación (militar) y una operación (quirúrgica), de un cuerno (de caza) y un cuerno (de res). Para ciertas palabras, como «hacer», «hombre», «ser», los diccionarios dan hasta cincuenta o sesenta sentidos distintos.

Esta *polisemia* —o existencia de muchos sentidos para una misma palabra— está agravada además por la *homonimia*, o sea la existencia de palabras, diferentes en su origen, que terminaron por confundirse a consecuencia de su evolución fonética, por ejemplo *vert, vers, ver, verre*, en francés, sin hablar de los *sinónimos*, que son conceptos que tienen varios nombres.

¿Cómo es posible esta situación? ¿Cuál es su origen y su frecuencia sobre el funcionamiento de la comunicación?

1. Sentidos y efectos del sentido

1. *Sentido de base y sentido contextual.* Si un nombre puede tener varios sentidos, éstos son sentidos potenciales o virtuales; nunca se actualiza más de uno de ellos en un contexto dado.

Cada palabra tiene un sentido de base y un sentido contextual;[1] es el contexto el que precisa el sentido en «Roldán

tocó el *cuerno*» o «las *operaciones* continúan en el delta». En cada uno de estos casos el nombre evoca un concepto preciso.

No habrá ambigüedades, salvo en los juegos de palabras o en los retruécanos. Regirá siempre la regla de que para cada sentido hay un nombre, y la lengua elimina las posibilidades de confusión que podrían producirse durante su desarrollo; es inclusive una de las causas de los cambios de sentido (p. 70).

Toda palabra está ligada a su contexto, del que extrae su sentido. Este sentido contextual puede confundirse con el sentido de base en palabras técnicas como «sulfato de sodio» o «encefalitis», cuya área contextual está estrechamente delimitada, pero por lo general las diferencias de sentido se desprenden del contexto: «picar carne» (para hacer albóndigas) no es la misma acción que «picar al toro» (el picador) o «picar el anzuelo» (un pez). Los matices se precisan y la palabra se realiza en asociaciones conceptuales distintas, como en «operaciones» militares, aritméticas, quirúrgicas, financieras, etc.

Finalmente, las divergencias contextuales pueden conducir a una escisión de los sentidos de base: «pico de pájaro» y «pico de la montaña» se aprecian como dos palabras diferentes y sin contacto.

2. *Sentido y valor estilístico.*[2] El sentido de base y el sentido contextual no se superponen; hay siempre un solo sentido en una situación dada, que es el sentido contextual. A la palabra en un contexto corresponde una sola imagen conceptual.

Pero al mismo tiempo se forman *asociaciones extranocionales*[3] que, sin alterar el concepto, lo coloran. En «le dieron un golpe en el coco», el sentido (contextual) de «coco» es «cabeza», pero la palabra evoca al mismo tiempo, por asociaciones bastante laxas, ideas de comicidad, intención burlesca, gente vulgar, etc.; las denominamos *valores*, en oposición al sentido. Los valores son asociaciones extrasemánticas. Como son distintas del sentido, son objeto de un estudio especial, que es la *estilística*;[4] al mismo tiempo, quedan estrechamente ligadas al proceso semántico, del que constituyen uno de los factores esenciales.

Estos *valores estilísticos* son de dos tipos. Por una parte hay palabra y giros que expresan las emociones, los deseos, las intenciones, los juicios del que está hablando; de esta manera hemos apreciado una intención burlesca en «coco». Por otra parte, esta palabra evoca cierto medio, pues no todo el mundo la emplearía; algunos la usarían únicamente en una situación determinada. Así, la palabra está asociada al grupo y al contexto social a los que de ordinario pertenece. Hay, pues, valores expresivos y valores sociales o sociocontextuales.

a) Los valores expresivos y la doble función del lenguaje. Hemos visto que el lenguaje tiene una función lógica o cognitiva; sirve para comunicar conceptos evocando en la mente del interlocutor las imágenes que se forman en la nuestra propia. Pero esta comunicación nocional, que es la meta de la ciencia o del conocimiento lógico, no es sino indirectamente la de la comunicación social, fundamentalmente volitiva: comunicamos nuestros pensamientos para obtener ciertas respuestas, ciertas reacciones. No basta decir «te amo» o «ataquen al reducto», es preciso comunicar el fervor de esta pasión o la importancia del ataque urgente. Y

cuando se diga «te amo con pasión» o «es sumamente importante que ataquemos», seguimos en presencia de simples conceptos, imágenes esquemáticas y abstractas de cosas, que habremos comunicado —«la palabra no es la cosa», y no la evoca sino indirectamente y come a través de un velo, mientras que la cosa misma es la única que nos puede emocionar.

Por eso la comunicación conceptual se acompaña de gestos, de mímica, de inflexiones de voz, que la refuerzan *al expresar naturalmente* nuestras emociones, nuestros deseos, nuestras intenciones, etcétera.

Algunos de estos *signos naturales* existen en estado latente en la lengua misma.

En «estoy muy sorprendido de ver a usted» hay dos nociones bajo la forma de dos imágenes conceptuales: la presencia de usted + mi gran sorpresa.

«¡Usted aquí!» *significa* también dicha presencia, pero *expresa espontáneamente* la sorpresa por un giro que reproduce naturalmente el movimiento interior de la emoción que esta presencia provoca y que, haciéndola concreta y visible, la identifica y le confiere fuerza expresiva. Es una reacción natural, espontánea, inconsciente, no intencional, y que no pertenece, por lo tanto, al sistema de la lengua. Pero desde el momento en que los poderes evocadores de la exclamación y la elipsis han sido reconocidos, pueden ser utilizados como signos nocionales. Entonces se *conviene* en que «¡usted aquí!» = «estoy sorprendido de verlo aquí, verdaderamente sorprendido, auténticamente sorprendido, trastornado de sorpresa…».

Aunque se vuelva convencionalmente asociada al concepto de la sorpresa, la expresión guarda el reflejo de su origen natural en sus asociaciones subsidiarias: sorpresa +

aliento entrecortado, sobresalto físico, etc., asociaciones que evidentemente se debilitan al entrar en el área del acuerdo lingüístico, adquiriendo un sentido convencional, es decir semantizándose.

El proceso es el mismo en los cambios de sentido expresivo; una metáfora del tipo «coco» tiene siempre origen natural y espontáneo; luego, se termina por reconocerle un sentido convencional, pero el cual conserva el reflejo de la intención burlesca que tuvo originalmente.

Los valores expresivos son, pues, imágenes subsidiarias que se superponen al sentido: son *asociaciones extrasemánticas de origen natural.*

b) Los valores sociocontextuales. Por otra parte, las palabras evocan la imagen de aquellas personas que comúnmente las emplean, y de las situaciones a las cuales son aplicadas.

Hay valores sociales que derivan del grupo económico, profesional, regional, etcétera; otros participan de la naturaleza de la comunicación, de las intenciones y de la situación de los sujetos hablantes, del tono, del estilo.

A cada una de estas categorías corresponden palabras que les son propias y que, por estar asociadas a ellas, las evocan en nuestra mente.

Estas asociaciones son naturales y espontáneas. Involuntariamente al hablar damos a conocer nuestro origen social, provincia nativa, profesión, nuestras intenciones y actitud respecto al interlocutor, etc., por asociaciones que realizan las palabras y que se agregan siempre al sentido de ellas. Pero desde el momento en que su poder evocador es reconocido, pueden convertirse en procedimientos de estilo, medios de expresar un aspecto particular del sentido. Se vuelve

a encontrar una vez más el proceso asociativo analizado arriba (pp. 35 *s.*).

Al igual que los valores expresivos, los valores sociocontextuales (que constituyen valores expresivos en potencia) son *asociaciones extrasemánticas de origen natural.*

En las primeras tenemos *asociación por similitud*: similitud del nombre y de un movimiento natural del alma (elipsis, exclamación), similitud de la cosa con alguna otra cosa, a la que se asocia (metáfora).

En el caso de los valores sociocontextuales hay una *asociación por contigüidad*, pues es en contacto con un cierto medio, o una determinada situación, cómo la palabra ha tomado su color.

Pero en ambos casos hay una *asociación secundaria motivada* que se agrega a la *asociación primaria convencional* que acredita el sentido.

Según esto, en cada palabra encontramos cuatro tipos de asociaciones: el sentido de base, el sentido contextual, el valor expresivo, el valor sociocontextual. Esto lo ilustramos con el siguiente cuadro:

semántica	*estilística*
sentido de base	valor expresivo
sentido contextual	valor socio-contextual

El cuadro representa una palabra, y cada uno de sus cuadrantes una asociación particular. En «la operación bistec está en marcha», la palabra «operación» evoca:

1) Un sentido de base: una secuencia de actos coordinados con una finalidad determinada.

2) Un sentido contextual: una operación administrativa contra un grupo económico determinado.

3) Un valor sociocontextual: la fórmula sugiere la operación y el comunicado militares.

4) De ello resulta un valor expresivo, la idea de una operación firmemente estructurada, enérgica, decidida a llegar hasta el fin; y un efecto cómico y burlesco que tiene su ori-

gen en lo inadecuado del sentido a la realidad, y en el valor hiperbólico de una operación en la cual no creemos.

Según los individuos y las circunstancias, se producen en el interior de la palabra intercambios constantes entre las diversas asociaciones. La función de las tres asociaciones subsidiarias es la de precisar y de matizar el sentido de base, pero pueden, al desarrollarse, deformarlo, ahogarlo y hasta sustituirlo completamente. Éste es el problema de los desplazamientos de sentido (p. 44).

2. La creación semántica

¿De dónde vienen las palabras? ¿Cómo se establece el pacto semántico, el acuerdo colectivo que asocia un nombre con un sentido y con valores subsidiarios que lo matizan?

Las palabras son creaciones humanas y, al mismo tiempo, como la mayoría de las creaciones del hombre, tienen vida propia. Nosotros las creamos y ellas se crean.

Al igual que en un jardín, se escogen las especies, se seleccionan las semillas, se plantan, se injertan, se cruzan, etcétera, y las plantas viven, prosperan unas y se marchitan otras, otras más son ahogadas por vecinos demasiado exuberantes, se realizan hibridaciones naturales.

De la misma manera hay una creación consciente y una evolución espontánea de la lengua.

Creamos las palabras para dar nombres a las cosas, sea porque aún carezcan de ellos, sea porque el que tienen no cumpla ya eficazmente su función. Esta función es, según hemos visto, doble: cognitiva o semántica, expresiva o estilística.

De ahí la doble función de la nominación: la palabra puede designar objetivamente un concepto: sacaclavos, televi-

sión, psicoanálisis, etc., o puede matizar el concepto con asociaciones expresivas: el azur = el cielo azul y puro; una cabrilla = una cabra pequeña y grácil.

En los dos casos la lengua dispone de varios medios:

a) Las onomatopeyas, en las cuales la forma fónica reproduce el ruido designado: un tintineo, un chapaleo, un gorgoteo, etc.; o designa, asociándolo por contigüidad, el animal o la cosa que produce el ruido: el cucú.

El rendimiento de la onomatopeya, necesariamente limitado al terreno de los sonidos, es débil en la nominación nocional, y por otra parte ha sido explotado desde hace mucho tiempo.

Por el contrario, el papel de los *valores* onomatopéyicos es muy grande en el plano del estilo, del poético en particular, que intenta valorar todas las asociaciones subsidiarias latentes entre la forma fónica y el sentido, no solamente asociaciones entre dos sonidos, sino las más sutiles, entre sonidos, colores, sentimientos.

b) Los préstamos son palabras venidas del extranjero, generalmente con las cosas que designan: son fuente de valores estilísticos cuando quedan asociadas a su país o medio de origen, que continúan evocando.

c) La derivación y la composición nos permiten fabricar palabras a partir de formas existentes: atómico, electricista, psicometría.

Es el procedimiento por excelencia de la nominación nocional pura. Puede haber ahí, sin embargo, creación o empleo estilístico; tal es el caso de los diminutivos y aumentativos de afecto o de desprecio, etcétera.

d) En fin, el último procedimiento, la migración o transferencia del sentido, que consiste en designar un concepto por un nombre que ya pertenece a otro. Para lo cual mueve la

similitud de forma, de color, o de función existente entre ambos objetos: cierto martillo es llamado «pata de cabra», un pedazo de papel una «hoja». Se asocia por contigüidad, cuando se toma el todo por la parte, o el productor por el producto: el «burdeos» por el vino de Burdeos, etcétera.

Estos cambios de sentido tienen un papel particularmente importante en la nominación estilística, y son entonces el punto de partida para un desplazamiento ulterior del sentido de base (p. 40).

Onomatopeyas, préstamos, formaciones morfológicas y cambios de sentido constituyen los medios de que la lengua dispone para crear palabras.

Toda creación verbal es, por lo tanto, motivada siempre, descansa sobre asociaciones extraconvencionales, asociación natural entre el significante y el significado (onomatopeyas, tropos), asociaciones internas (endoglóticas: morfológicas o paronímicas).

Pero —y esto es lo importante— esta motivación etimológica no es necesaria para la trasmisión del sentido de base que descansa en una asociación convencional y es siempre susceptible de perderse (p. 30).

Nos salimos aquí del marco de la creación consciente, porque este oscurecimiento de la motivación resulta de una evolución y un desplazamiento espontáneos del sentido.

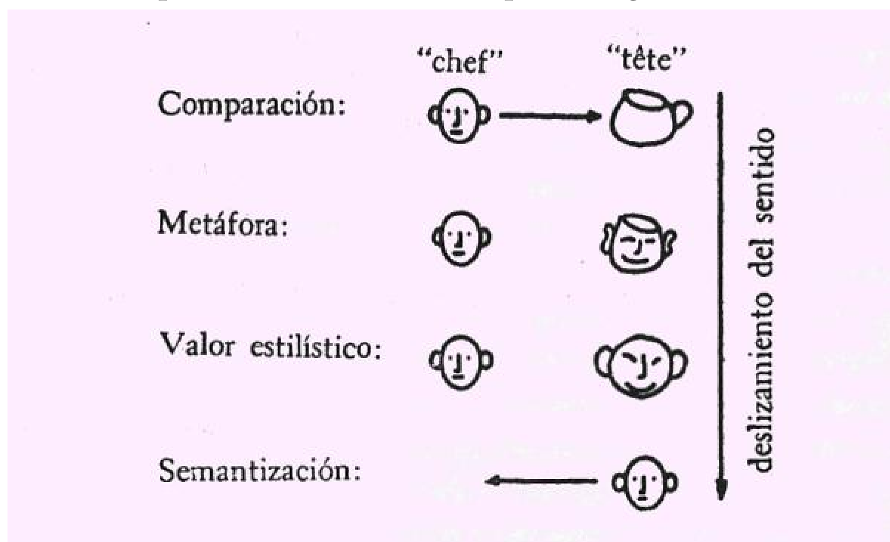
3. La evolución semántica

La nominación semántica o estilística es un acto creador y consciente. Una vez creada la palabra, sea por transferencia de sentido o de otra manera, su sentido puede evolucionar espontáneamente. De hecho, evoluciona en la casi totalidad de los casos.

Hemos visto que toda palabra es un complejo de asociaciones (pp. 38 *s.*). Basta que una de ellas evolucione para que acometa al sentido y termine por alterarlo, por ahogarlo y finalmente hasta por remplazarlo.

Tête es originalmente en francés una metáfora estilística que asocia la cabeza (antiguamente *chef*) con un recipiente de barro, un tiesto (lat. *tĕsta*). Es una metáfora vulgar de intención cómica y burlesca de un tipo que se encuentra en todas las lenguas. En la actualidad existen, para «cabeza»: «melón», «calabaza»; y en francés: *cafetière, patate*, y otros.

Hay enseguida un desplazamiento de la relación asociativa, como queda ilustrado en el esquema siguiente:



Primero hay comparación, es decir una asociación de dos imágenes autónomas, la cabeza a un lado del tiesto, un *chef* que parece un tiesto (*tête*).

Luego hay metáfora o superposición de dos imágenes, se inscribe la cabeza en el tiesto y resulta un *chef* que es un tiesto.

Después hay valor estilístico; la imagen del tiesto se borra y no queda más que una asociación vaga con alguna co-

sa cómica y burda, una cabeza redonda y tosca.

Finalmente la palabra se semantiza; el reflejo expresivo se oscurece; la palabra *tête* designa ahora un concepto puro y remplaza a *chef*.

Esta última palabra sobrevive, sin embargo, con un valor sociocontextual; es un arcaísmo, una palabra noble: *chef* viene siendo una cabeza «encanecida en el oficio». Y a la siniestra de la *tête* (cabeza) semantizada surgen ya las equivalentes de «coco», «melón», «calabaza», que quizás terminarán algún día por desplazar a su vez a *tête*.

Se ve que hay un desplazamiento en el ámbito de las asociaciones significantes; *tête* pasó del casillero «valor expresivo» al casillero «sentido de base»; «*chef*» pasó de «sentido de base» a «valor socio-contextual».

Otro desplazamiento muy frecuente y muy natural es el del sentido contextual hacia el sentido de base; en «fritas», uno de los sentidos de la palabra (papas fritas) terminó por eliminar los otros.

De manera que el sentido de las palabras es el resultado de un doble proceso; la nominación y la evolución espontánea de los valores de sentido. Los dos fenómenos son complementarios e interdependientes, pero es necesario distinguirlos. La nominación es un acto creador y consciente de origen individual, y al mismo tiempo discontinuo; un individuo crea una palabra que asume al instante su función en virtud de una convención de la colectividad. El desplazamiento, en cambio, es inconsciente y progresivo, hay ciertamente acuerdo colectivo, pero no es explícito; por un «derecho de hecho» el nuevo sentido termina por imponerse poco a poco hasta el punto de ser aceptado por el diccionario.

De manera que, por una parte, hay creación individual motivada, consciente, discontinua; por otra, diseminación

colectiva inconsciente y progresiva, de donde resulta una pérdida de la motivación.

Se ve el papel que juegan los «cambios de sentido» en este doble proceso, a la vez bajo la forma de una transferencia semántica o estilística en el nivel de la creación individual, y de un desplazamiento en el de la diseminación colectiva.

No es sorprendente, pues, que la ciencia del sentido de las palabras haya podido limitarse casi exclusivamente, en un principio, al estudio de los cambios de sentido, al grado de identificarse con él.

Los desarrollos actuales de la semántica no menguan importancia a este aspecto, pero lo sitúan y observan bajo una luz completamente nueva.

III. LOS CAMBIOS DE SENTIDO: SUS FORMAS

1. La retórica: un inventario descriptivo

Desde la Antigüedad han sido definidos y descritos los cambios de sentido, y su estudio constituye una parte importante de la retórica. Los cambios de sentido, o tropos, son «figuras de palabras» y constituyen con las otras figuras —de dicción, de construcción, de pensamiento— procedimientos de estilo, es decir, «modos más pintorescos, más vívidos, más enérgicos de hablar». Esto corresponde bastante bien a lo que hemos llamado hasta aquí «valores expresivos».

La teoría de los tropos, que data de Aristóteles, recibió un considerable desarrollo durante la época alejandrina y latina. Los gramáticos latinos enumeran 14 especies: la metáfora, la sinécdoque, la metonimia, la autonomasia, la catacresis, la onomatopeya, la metalepsis, el epíteto, la alegoría, el enigma, y la ironía, subdividida en perífrasis, hipérbaton e hipérbole.

En todo tiempo hubo vacilaciones en la definición, clasificación y terminología que, a través de la retórica medieval y clásica, han sobrevivido, sin embargo, hasta nuestros días.

Los primeros semánticos, como Darmsteter y Bréal, ven en la sinécdoque, la metonimia y la metáfora, los tipos básicos de los cambios de sentido.

La metáfora en particular ha sido objeto de innúmeros estudios.

Palabras como metáfora, ironía, hipérbole, eufemismo, son nociones y términos corrientes.

Análisis recientes, como el de Stern o el de Ullmann, cuyas definiciones y clasificaciones descansan en criterios nuevos, no dejan de conservar los principales tropos en el marco de sus esquemas.

Sin embargo, los desarrollos del análisis semántico no podían sino poner en evidencia su mediocre valor epistemológico e invocar otras clasificaciones. [1]

2. La forma lógica de los cambios de sentido

Los primeros semánticos —Darmsteter, Bréal, Paul— agrupan los tropos en un marco lógico, según haya restricción, extensión o transferencia del sentido.

La sinécdoque y la elipsis constituyen casos de restricción o de extensión del sentido. Hay restricción cuando se toma la parte por el todo, la especie por el género, etcétera; extensión en el caso contrario.

La metonimia y la metáfora son transferencias de sentido.

Este esquema, del cual se encuentra una descripción más completa en *La vie des mots* de Darmsteter, ofrece la ventaja de la sencillez y la coherencia, e introduce un orden lógico en el inventario de la antigua retórica.

Esto fue, sin duda, lo mejor que se podía hacer en una época en que los sustratos psicológicos y semiológicos del lenguaje eran todavía mal reconocidos. Con los desarrollos de la teoría de los signos y del análisis del proceso significante, perdió todo valor heurístico, y con ello parte de su razón de ser.

El análisis semántico propone, en efecto, nuevos criterios de clasificación y una nueva terminología para destacar los caracteres del proceso semántico: por una parte bipolaridad del significante y del significado; por la otra, naturaleza psicoasociativa de sus relaciones, bajo su doble forma, similitud y contigüidad.

La distinción entre significante y significado aparece ya en la *Glossology* de G. Grote (1871), en la cual el autor opone el *fono*, o palabra como forma fonética, y el *noema*, o palabra como pensamiento, de lo cual extrae una terminología bastante pesada —dianoematismo, perinoematismo, sematismo, noematosematismo— que no parece haber retenido la atención de los lingüistas.

No fue sino a principios del siglo, con Wundt, Schurchardt y sobre todo Ferdinand de Saussure, cuando se encontró una teoría de los cambios de sentido basada en criterios semiológicos.

Wundt pone el acento en la naturaleza psicoasociativa del proceso y los dos grandes tipos de asociación —por similitud y por contigüidad—. La oposición entre la forma fónica y el sentido se desprende también de manera implícita de su clasificación. Distingue la transferencia del nombre y la metáfora que es una transferencia del sentido. Schuchardt opone —explícitamente— el estudio de los nombres, u onomasiología, y el de los sentidos, o semántica.

F. de Saussure no podía menos que señalar esta distinción:

> La alteración en el tiempo toma diversas formas, cada una de las cuales brindaría materia para un importante capítulo lingüístico. Sin entrar en detalles, he aquí lo que es importante observar: por principio de cuentas, no nos equivocamos respecto al sentido atribuido a la palabra alteración,

> que podría hacer creer que se trata especialmente de cambios fonéticos sufridos por el significante, o de cambios de sentido que alcanzan el concepto significado.
>
> Este punto de vista sería insuficiente. Cualesquiera que sean los factores de alteración, ya actúen aisladamente o en conjunto, concluyen siempre en un *desplazamiento de la relación entre significante y significado.* (*Curso*, p. 109).

Si agregamos que un capítulo entero del *Curso* está dedicado a restablecer la naturaleza psicoasociativa de esta relación, se obtiene la primera definición semiológica completa del cambio de sentido. Volverán a ella todas las teorías que merecen ser tomadas en consideración.

Nos contentaremos con resumir, de manera breve, las dos más recientes y, a la vez, más completas y coherentes.

1. *La clasificación de Stern.* El libro *Meaning and changes of meaning* de G. Stern constituye el inventario más completo de los cambios de sentido considerados desde el punto de vista causal y funcional (*cf.* cap. IV), clasificados al mismo tiempo según un marco semiológico que deriva del triángulo de Ogden y Richards (p. 23).

El autor distingue entre cambios externos y cambios lingüísticos. Los primeros derivan de un cambio del referente o cosa nombrada, sin cambio de nombre. Un caso de ello es el hecho de seguir, nombrando «pluma» un objeto que ya no es una pluma (de ave); de la misma manera, el vocablo «átomo» designa un concepto que ha cambiado completamente.

El mecanismo de las causas en juego en este fenómeno será analizado más adelante (capítulo IV). Vemos, por el momento, que no afectan, al menos aparentemente, el sistema de la lengua. Como lo veía ya muy bien Darmsteter, hay en

este caso un «olvido», diríamos en francés un *effacement*, o sea que la motivación etimológica se borra: lo que Ullman llamaría «conservadurismo lingüístico».

Los cambios lingüísticos, al contrario, afectan directamente a la lengua. Constituyen un desplazamiento del nombre o del sentido en el interior del sistema. Stern, en su clasificación, distingue tres tipos principales:

1) El desplazamiento de la relación verbal o del nombre.

2) El desplazamiento de la relación referencial o del sentido.

3) El desplazamiento de la relación subjetiva entre la palabra y los sujetos hablantes.

Cada uno comprende dos clases que admiten, a su vez, cierto número de subdivisiones. Se obtiene el cuadro siguiente:

CAMBIOS EXTERNOS: Sustitución (objetiva, cognitiva, subjetiva).

CAMBIOS LINGÜÍSTICOS:

I. Desplazamientos de la relación verbal (del nombre).

1. Analogía (combinativa, correlativa, fonética).
2. Restricción (truncamiento, elipsis).

II. Desplazamiento de la relación referencial (del sentido).

1. Nominación (composición y derivación, transferencia intencional, figuras).
2. Transferencia (no intencional).

III. Desplazamiento de la relación subjetiva entre la palabra y los locutores.

1. Permutación.
2. Adecuación.

La *analogía* se origina en una *identidad de relaciones* entre dos referentes. Es *material* cuando se basa en la identidad de la radical de un grupo flexional y derivacional, o del sentido de un grupo nocional. Es *relacional* entre palabras que tienen una función idéntica (tiempos, modos, casos).

Bajo su doble forma material o relacional, la analogía presenta tres tipos:

a. *Analogía combinativa* en las reformas morfológicas (derivación, composición, flexiones).
b. *Analogía correlativa* cuando da a un referente un nombre ligado por su significado a otro nombre de la lengua (sinonimia) o de una lengua extraña (calcas semánticas), por ejemplo, el barbarismo «realizar» calcado del inglés *to realise* («darse cuenta»).
c. *Analogía fonética* que acarrea un cambio de nombre a consecuencia de la similitud fonética: contagio, etimología popular (pp. 76 *s.*).

La *restricción* se presenta bajo dos aspectos:

a. *Restricción por truncamiento* del tipo «auto», «cine», «super» [mercado].
b. *Restricción por elipsis*, u omisión de uno de los términos de una expresión compuesta: «las fritas», «la capital».

La *nominación* consiste en dar un nuevo nombre a un concepto; aquí distingue Stern la nominación, que es inten-

cional y consciente, de la transferencia no intencional; hay:

a. *Nominación intencional* (*intentional naming*), cuando se forma un nuevo término por composición o derivación.
b. *Transferencia intencional* y no figurativa, en las metáforas meramente nocionales del tipo «pata de cabra» (instrumento), «bola de nieve» (planta), etcétera.
c. Figuras estilísticas de origen expresivo, lítote, hipérbole y más notoriamente la metáfora estilística, así como el eufemismo y la ironía.

La *transferencia* llamada regular, en contraste con la transferencia intencional, se basa en la identidad de apariencia (una hoja de papel), de función (el lecho de un río) o de situación (el pie de una montaña) existente entre dos referentes.

La *permutación* resulta de un cambio en la idea que el sujeto hablante se hace del referente, que considera en algunos de sus aspectos, sea viendo parcialmente la materia en el objeto (un mármol, por una estatua), la parte por el todo (una vela, por un barco de vela), el productor en el producto (el burdeos), etc.; en esta categoría caen la sinécdoque y la metonimia de la antigua retórica.

La *adecuación* es un modo particular de la permutación; se produce cuando la mente capta un *nuevo carácter* del referente. Así un «cuerno» (de caza) deriva su nombre por permutación (sinécdoque) del cuerno que originalmente era; luego se borra la motivación etimológica y el carácter esencial de «cuerno» parece ser su aptitud de emitir un cierto tipo de sonidos, independientemente de su materia o su forma, de donde vienen el cuerno de caza, el del cochero de correo, el cornetín, etc. Es el proceso que Darmsteter llama *concatenación.*

2. *La clasificación de Ullmann*. S. Ullmann, en *The principles of Semantics*, reclasifica los tipos de Stern siguiendo un esquema semiológico más estrictamente saussuriano.

Un poco rígida y abstracta desde un punto de vista práctico, la clasificación de Ullmann combina las ventajas de una elegante sencillez con las de un elevado valor heurístico.

Después de haber separado, como Stern, los cambios de origen histórico y los exoglóticos, que atribuye al instinto conservador de la lengua (*linguistic conservatism*), Ullmann comprueba que puede haber sea transferencia del nombre, sea transferencia del sentido, y que en cada caso esto ocurre sea por similitud, sea por contigüidad de los nombres o de los sentidos. Y en una última clase agrupa los cambios compuestos que se deben a asociaciones complejas. De donde resulta el siguiente esquema:

Cambios debidos al *conservadurismo lingüístico*.

Cambios debidos a la innovación lingüística.

I. La transferencia del *nombre*:

a. Por *similitud* entre los sentidos.
b. Por *contigüidad* entre los sentidos.

II.

Transferencia del *sentido*:

a. Por *similitud* entre los nombres.
b. Por *contigüidad* entre los nombres.

III. Cambios compuestos.

	a similaridad	*b* Contigüidad
I. Sentidos	I*a*	I*b*
II. Nombres	II*a*	II*b*

Esta clasificación engloba, evidenciándolos, los caracteres de la significación: por una parte la bipolaridad significante (nombre)—significado (sentido); por otra, la naturaleza psicoasociativa del proceso bajo su doble forma, similitud o contigüidad de las imágenes mentales asociadas.

En efecto, un «sombrero» me hace pensar:

I*a*. En «casco», en «gorra», etc.; similitud de sentido.

I*b*. En «cabeza», «chaleco», etc.; contigüidad de sentido.

II*a*. En «sombra», «somero», «hombrera»; similitud de nombre.

II*b*. En «copa», «hongo», por contigüidad de nombre en las expresiones del tipo «sombrero de copa», «sombrero hongo».

Finalmente, pueden existir asociaciones compuestas, que engloben a la vez el nombre y el sentido, tal es el caso de sombrero → hongo, donde hay a la vez contigüidad de los nombres y similitud de los sentidos; y aun combinaciones más complejas, del tipo: sombrero → montera → corrida → toros, etcétera.

Los que estén familiarizados con las pruebas psicoanalíticas o con el juego de salón que llaman *petit papier* («cartas rusas»; es el *cadavre exquis* de los surrealistas) comprobarán que el fenómeno puede en todo caso ser atribuido a una asociación por similitud o por contigüidad entre dos nombres o entre dos sentidos.

El esquema de Ullmann integra, por lo tanto, todos los tipos posibles de asociaciones y, en consecuencia, de cambios de sentido.

I*a*. TRANSFERENCIA DEL NOMBRE POR SIMILITUD DE LOS SENTIDOS. Es el más frecuente de todos los cambios de sentido; la metáfora es el tipo más corriente.

La similitud de los sentidos puede ser:

a. *Sustancial*: similitud de forma entre la hoja de un árbol y una hoja de papel; de función, de situación (p. 63).
b. *Sinestésica*: asimilación de un sonido a un color, de un color a un olor, etcétera.
c. *Afectiva*: cuando se liga un sentimiento a un objeto concreto, del cual se le atribuyen las cualidades: «una amistad calurosa», «un carácter dulce», etcétera.

La transferencia puede ser *directa* o *escalonada por analogías.* Así, en germanía de Francia (*argot*), «polir» («pulir») en el sentido de «robar» da lugar a toda una serie sinonímica: *nettoyer* («limpiar»), *fourbir* («bruñir»), siguiendo un proceso que ha sido llamado también *derivación sinonímica.*

La analogía puede ser el centro de todo un campo semántico. Al ser la cocina ambulante un «tanque» en la jerga soldadesca de 1914, se volvieron *shrapnells* los frijoles, y desvainarlos era «ametrallar», etcétera.

Las calcas (palabras formadas basándose en palabras extranjeras) se fundan frecuentemente en analogías; de esta manera el francés formó «*dada*» sobre el inglés «*hobby*», en el sentido de ocupación favorita; «*hobby*» es una elipsis de «*hobby horse*», el caballito de madera de los niños.

Se ve cómo en todos los casos la transferencia es escalonada. Una primera transferencia: la cocina rodante es un tanque (similitud de forma); luego analogía: los frijoles son a la rodante lo que los *shrapnells* al tanque, la cocina distribuye frijoles como el tanque los *shrapnells* (similitud de función); pero esto no hubiera sido suficiente para acarrear la transferencia del nombre, cuyo origen está en la primera metáfora.

Estos peldaños analógicos no son exclusivos de las transferencias del nombre por similitud de los sentidos; se encuentran en todos los demás casos.

I*b*. TRANSFERENCIA DEL NOMBRE POR CONTIGÜIDAD DE LOS SENTIDOS. La sinécdoque y la metonimia son transferencias del nombre por contigüidad de los sentidos. Consisten, como es sabido, en tomar la parte por el todo, el contenido por el continente, el instrumento por la acción, etc., y a la inversa.

La contigüidad de los dos sentidos puede ser espacial, temporal o causal:

a. *Espacial* en *burean*, en que la tela (*bure*, «buriel») designa el mueble que cubría, y luego el mueble a la habitación en que se encuentra.
b. *Temporal* en «vísperas», en que el oficio religioso tomó el nombre de la hora en que se efectúa (lat, *vesper*, «tarde»).
c. *Causal* en «fusil» en que el arma recibe el nombre por el dispositivo de encendido (francés *fusil*, «eslabón»).

A este grupo pertenecen las seudosinestesias en que la forma de un objeto es asociada por contigüidad a su color, olor, etcétera.

II*a*. TRANSFERENCIA DEL SENTIDO POR SIMILITUD DE LOS NOMBRES. El contagio fonético y la etimología popular (pp. 76 *s.*) son transferencias del sentido por similitud de los nombres.

Cuando se confunde, *faubourg* («arrabal»; de *forsbourg*, «fuera del burgo») con *faux bourg* («falso burgo»), la confusión de las formas acarrea una alteración del sentido que puede llegar a una verdadera transferencia.

II*b*. TRANSFERENCIA DE SENTIDO POR CONTIGÜIDAD DE LOS NOMBRES. La elipsis y el contagio sintáctico se originan en una asociación entre dos nombres contiguos en un mismo contexto.

Cuando la «ciudad capital» se vuelve «capital», se puede prescindir de «ciudad», por encontrarse tan íntimamente ligado este vocablo a «capital», que el último lo evoca automáticamente.

De la misma manera las partículas *pas, point* terminaron por adquirir en francés un valor negativo por su constante contacto con *ne*.

III. TRANSFERENCIAS COMPUESTAS. El mecanismo de la transferencia no es siempre tan simple, y la mayoría —incluyendo una parte de las que hasta aquí nos han servido de ejemplos— descansan en relaciones complejas cuya frontera no es, por otra parte, siempre fácil de definir.

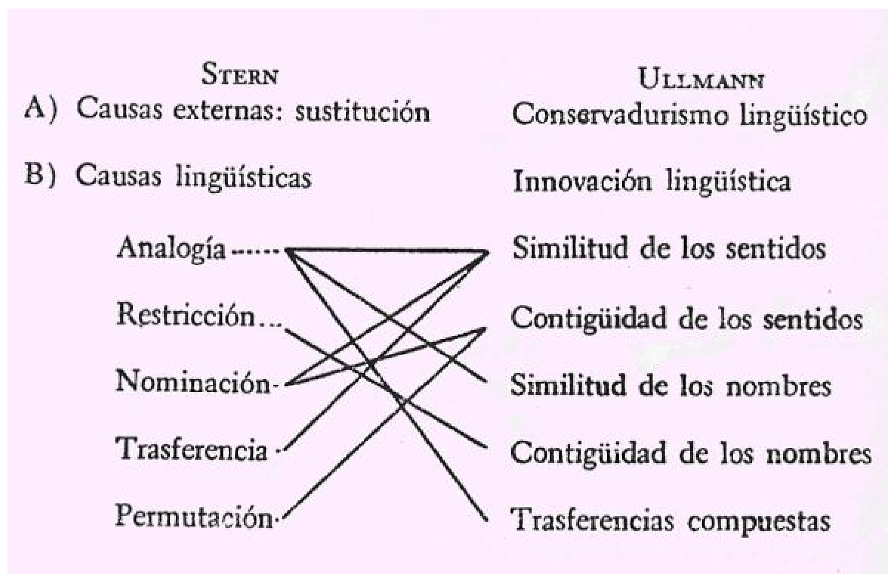
Se pudiera creer a primera vista que, como la «cocina» es designada en ciertos dialectos franceses por *hôtel*, la transferencia proviene de la contigüidad espacial de los dos sentidos, y se toma el todo por la parte. En realidad, se trata de un caso de analogía escalonada (p. 48), por una primera transferencia de «casa» (*maison*) por «cocina».

Un «burdeos» es un vaso de vino de Burdeos, por lo tanto, hay una doble elipsis basada en la contigüidad sintáctica de los nombres «vaso» y «vino», «vino» y «burdeos», y al mismo tiempo hay una doble metonimia que asocia los dos sentidos contiguos, contenido-continente y lugar-producto.

Se encuentran de esta manera todos los tipos posibles de combinaciones mixtas. Las calcas semánticas se originan muy frecuentemente en una doble asociación, similitud a la vez de los nombres y de los sonidos. Éste es el caso de «realizar» con el sentido de «darse cuenta», calcado del inglés *to realise*.

De esta suerte, la clasificación de Ullmann engloba el conjunto de los cambies de sentido en un marco muy sencillo que, por otra parte, tiene la ventaja de evidenciar el carácter psicoasociativo y funcional del proceso. Como lo señala el propio autor, esta clasificación puede integrar cualquier otro esquema. Veamos, a título de muestra, una repro-

ducción de *The principles of Semantics* que señala la interdependencia de la clasificación de Ullmann y la de Stern.



En este cuadro encuentran cabida todos los tropos de la retórica antigua.

Los *word-tests* de los psicólogos han permitido clasificar las respuestas de miles de personas; el experimentador propone una palabra, a la que el sujeto debe responder con otra. Estas respuestas han aportado al lingüista datos interesantes sobre el carácter asociativo del proceso, sobre los tipos de asociaciones existentes y su frecuencia relativa y estabilidad respecto a grupos sociales o biológicos determinados.

Véase en la página anterior, a título de ejemplo, la tabla de Woodrow y Lowell[2] que condensa las respuestas de mil adultos y mil niños.

Frecuencias relativas de los diferentes tipos de asociaciones verbales por adultos y niños
(Woodrow y Lowell, 1916)

Clases	*Ejemplos*	*Frecuencias relativas* *Adultos, %*	*Niños, %*
Coordinación	Table-chair; deep-low; house-barn	10.9	6.0
Contraste	Dark-light; sickness-health; deep-shallow	10.6	1.3
Similitud	Dark-black; sickness-illness; mountain-hill	8.9	8.6
Superordinación	Table-furniture; music-sound; house-building	7.6	3.7
Adjetivo-nombre	Deep-hole; soft-bed; house-building	6.9	11.2
Verbos	Table-eat; dark-see, music-play	6.4	10.2
Contigüidad	Table-dish; dark-night; sickness-doctor	6.0	15.3
Nombre-adjetivo	Music-sweet; mountain-high; house-big	4.3	7.8
Causa-efecto	Sickness-death; lamp-light; bath-clean	2.5	1.9
Todo-parte	Table-leg; music-notes; mountain-rocks	2.1	3.6
Participios	Music-singing; eating-drinking; chair-sitting	1.9	0.9
Subordinación	Music-song; sickness-fever; fruit-apple	1.6	2.1
Parte-todo	Fruit-tree; foot-limb; soldier-army	1.1	0.4
Materia	Table-wood; needle-steel; lamp-glass	1.0	0.9
Verbo-objeto	Eating-bread; wish-fairy; hammer-nails	0.9	1.7
Compleción	Table-cloth; wish-bone; spider-web	0.77	1.04
Efecto-causa	Sleep-tired; hungry-appetite; afraid-burglar	0.4	0.5
Nombre-atributo	Mountain-heigth; butterfly-beauty; eagle-flight	0.25	0.05
Asonancia	Table-able; dark-mark; short-sport	0.07	0.43
Pronombres	Women-she; stomach-mine; thristy-me	0.05	0.22
Diversos		4.7	5.5

IV. LOS CAMBIOS DE SENTIDO: SUS CAUSAS

El sentido cambia porque se da deliberadamente un nombre a un concepto con fines cognitivos o expresivos: se *nombran*, las cosas.

El sentido cambia porque una de las asociaciones secundarias (sentido contextual, valor expresivo, valor social) se desliza progresivamente hacia el sentido de base y lo remplaza; el sentido *evoluciona.*

En el primer caso tenemos un cambio individual, consciente y discontinuo; en el segundo uno colectivo, inconsciente y progresivo; en ambos es consecuencia de una modificación de la estructura de las asociaciones psíquicas que constituyen el sentido y los valores de la palabra.

Debemos tener presente el esquema de la p. 33 antes de abordar el análisis de las causas inmediatas de los cambios.

1. La nominación

Mediante la nominación la lengua asegura su doble función (p. 37) cognitiva y expresiva.

Hay *nominación cognitiva* cuando una cosa recibe un nombre, sea porque carezca de él, sea porque el que tiene no cumpla satisfactoriamente su función.

Hay *nominación expresiva* cuando se crea un nombre con la finalidad de designar la cosa bajo cierto aspecto.

Por otra parte, se crean palabras a fin de asegurar un mejor rendimiento de la comunicación, que será más *económica* cuando se omita parte de las palabras o se las trunque, y más *clara* cuando se eliminan o remplacen palabras que pudieran crear confusiones.

1. *La nominación cognitiva.* Uno de los modos de la nominación cognitiva es el cambio de sentido mencionado ya en las pp. 42 *s.*; se da a una cosa un nombre que pertenece ya a otra, a la cual se la asocia: asociación por similitud de objetos tratándose de la metáfora, o por contigüidad en la sinécdoque y la metonimia.

La *metáfora* constituye uno de los modos constantes de la nominación llamada popular.

En los diversos idiomas las plantas, los animales, los instrumentos, intercambian particularmente sus nombres. El mar está lleno de caballos, de perros, de anémonas, de estrellas; el jardín, de perritos, de espuelas de caballero, de bolas de nieve, de nubes; el taller tiene gatos, patas de cabra, pericos, colas de milano.

El cuerpo humano surte un gran número de metáforas cognitivas: la cabeza de un puente, el pie de una montaña, él ojo de agua, los dientes de una sierra, la boca del río, los brazos de una corriente, el ojo de una aguja, el ojal, etcétera.

Juega además, un papel importante en la nominación de nociones abstractas que se asocian a objetos o procesos concretos: «pensar» viene del latín «pesar» (< *pensare*); el «espíritu» es el «soplo» (*spiritus*); «comprender» es integrar en un sistema de relaciones, «agarrar junto» (*comprehendĕre*), etcétera.

En todos estos casos la nominación está motivada; se trata de designar un ser o un objeto inusitado (en un principio) y que se asocia a uno mejor conocido, al que se parece. La «pata de cabra» es un instrumento que tiene forma de pata de cabra, etc.; y como es difícil representar las nociones abstractas, se las compara con operaciones concretas.

En la *sinécdoque* y la *metonimia* la cosa recibe el nombre de otra con la cual se encuentra en contacto: todo y parte, productor y producto, instrumento y acción, etc.; la transferencia se origina además en la elipsis.

2. *La nominación expresiva.* La nominación cognitiva describe la cosa actualizando los *caracteres objetivos* (forma, función, relaciones, etc.) que definen su ser. La nominación expresiva la designa en relación con el que habla y expresa el *valor* afectivo, desiderativo, estético, moral, que el locutor le atribuye.

No se trata tan sólo de identificar el objeto, sino de expresar al mismo tiempo los valores extranocionales que matizan su sentido (p. 35).

Un «burro» (de planchar o de carpintero) es un instrumento de determinada forma; un «chivo» es un individuo de determinado aspecto y carácter, y en este ejemplo hay también una intención irónica y despectiva.

El estudio de los valores expresivos, considerados en ellos mismos, pertenece a la estilística. Sin embargo, la semántica no podría ignorarlo, pues se encuentran en el punto de partida de cambios de sentido a consecuencia de su evolución y del oscurecimiento de las motivaciones originales (p. 44).

La valoración estética o moral es la fuente principal de este tipo de nominación: ora por metáfora en «mi paloma»,

«un buey», «una gallina», ora por formación de diminutivos y aumentativos de valor afectivo; el proceso es siempre psicoasociativo: la pequeñez evoca ideas de delicadeza, de gracia, o al contrario, de debilidad, mezquindad; y la grandeza evoca la fuerza o la maldad, la monstruosidad o la fealdad.

La tendencia al desprecio, a denigrar y satirizar, tan arraigada en la mente popular, juega un papel importante en estos casos de transferencia.

Conocemos el lugar que ocupan las metáforas despectivas del tipo «cabeza» («coco») en el lenguaje familiar y la germanía.

Los préstamos tomados de lenguas extranjeras están frecuentemente afectados por una xenofobia casi universal, de donde las expresiones «un judío», «un libanés», «un gringo» (< grigo, o sea, «griego»), «a lo chino»; un «eslavo» es etimológicamente un «esclavo», un «popoloca» es en el México antiguo un tartamudo. Hasta las cosas conservan a menudo el reflejo de su origen: «parlar» es para el español «hablar francés» y «habler» es para el francés «hablar español», un *rosse* es para el francés un «caballo alemán» y un *Mustang* es para el alemán un «caballo árabe». Por otro parte, la moda o el esnobismo pueden valorar de manera determinada ciertos vocablos: *lunch, five o'clock, surprise party*.

3. *La fuerza emotiva subconsciente.* Las formaciones expresivas, al poner de relieve el papel de la afectividad en los cambios de sentido, confirman el análisis funcional de la significación. El lenguaje tiene una doble función, es a la vez instrumento de la comunicación cognitiva y medio de

expresión. Todos los semánticos señalan este carácter: Wundt, Bréal, Erdmann, Ogden y Richards, Bally, Esnault, Delacroix, F. Paulhan, Stern, Ullmann y otros.

En todas las emociones violentas, tales la ira, el amor, el entusiasmo, las palabras imprevistas y las imágenes originales brotan de manera espontánea. La pasión y la inspiración son las grandes fuentes de la creación estilística.

El estudio de los *lapsi* freudianos y de los *tests* verbales psicoanalíticos demuestra el carácter subconsciente de la emotividad en el lenguaje. Las palabras no expresan solamente nuestras emociones, sino obsesiones difusas, no fijadas la mayoría de las veces, e inconscientes y hasta reprimidas por tabúes individuales o sociales.

H. Sperber[1] ve en esta fuerza emotiva subconsciente una fuente principal de los cambios de sentido.

En cada colectividad existen temas preferidos, «esferas de pensamiento», ligados al medio, a la actividad y a las circunstancias, y que, siempre presentes en el trasfondo de la conciencia colectiva, matizan sus pensamientos (pp. 95 *ss.*).

4. *Tabúes y eufemismos.* Una palabra es un complejo de asociaciones. La viruela no solamente evoca cierta enfermedad, sino el conjunto de circunstancias en que generalmente es contraída, y los juicios peyorativos y despreciativos de la opinión pública, por esto se busca en francés un sustituto: *mal italien.* Recuérdese también el «mal francés». Tales palabras neutralizan (durante cierto tiempo) la asociación poco grata.

La decencia nos prohíbe toda imagen obscena o repugnante. Las *précienses* expulsaron de su vocabulario hasta *inculcar*; la Inglaterra victoriana era igualmente delicada a es-

te respecto. Y se dice que en una época más cercana a nosotros que aquéllas, un conjunto norteamericano de seis músicos tuvo que llamarse «quinteto», ya que «sexteto» parecía demasiado sugestivo.

La cortesía nos impide hacer evocaciones desagradables. No se mienta la soga en casa del ahorcado, y el muerto es «el difunto», «el desaparecido» o inclusive «él».

Estos sustitutos, llamados *eufemismos*, se basan siempre en un proceso psicoasociativo, pero de naturaleza peculiar, pues lejos de motivar, lo que buscan es romper la asociación.

Uno de los procedimientos más socorridos consiste en sustituir la palabra por una expresión culta carente de valor expresivo. En francés no se «suda», se «transpira»; se «orina».

El eufemismo interviene en la mayoría de los cambios de sentido. Se dice por perífrasis «el excusado», «el gabinete»; por metonimia y sinécdoque se asocia la cosa prohibida a cosas contiguas: «el guardarropa», «el lavabo», «el baño», y hasta «el teléfono». En cambio, rara vez se emplea la metáfora, que no haría más que reforzar la motivación. Ésta se borra por completo usando palabras extranjeras, como *water-closet*.

Finalmente, estas diferentes figuras se combinan con la elipsis, la abreviación y el truncamiento. El *water-closet*, se reduce a «uáter» o «wáter». A fin de neutralizar la asociación, se crean continuamente palabras nuevas.

Distinto es el origen de los *tabúes*. No se trata ya de una simple asociación, sino de una identificación del nombre con la cosa: el nombre del diablo *es* el diablo; por esto en las lenguas de los primitivos (que se estructuran sobre la forma prelógica del pensamiento) los tabúes lingüísticos prohíben

los nombres de toda cosa sagrada o peligrosa. De esto tenemos numerosas supervivencias en las lenguas modernas, entre ellas la culebra andaluza convertida en «bicha», y el zorro, que en algunas regiones francesas jamás es llamado *renard*, sino, por ejemplo, la *bête* («el animal»).

Otro procedimiento consiste en apaciguar el ánimo o el animal peligroso dándole un seudónimo de afecto: la «comadreja» del español es una «pequeña bella» (*belette*) en francés, una «damita» (*donnola*) en italiano, una «novia» (*nevastă*) en rumano, una «joven dama» (*jungfru*) en sueco, y así por el estilo el alemán, inglés, danés, portugués.[2]

5. *La economía de la palabra.* Otra fuente de los cambios de sentido es la economía de la palabra, basada en el principio del mínimo esfuerzo.

Se suprime en el discurso todo aquello que no sea necesario para la comunicación.

La *elipsis* es la forma más frecuente de este proceso. La «ciudad capital de México» se vuelve «la capital de México» y finalmente «la capital»; las letras de imprenta itálicas son «itálicas», etc.

La elipsis está ligada al contexto; la «capital» designa a la ciudad de México en la medida en que se comprende que se trata de una ciudad, y precisamente de una ciudad mexicana. Se trata de uno de los sentidos contextuales de la palabra (p. 34), pero cuya precisión resulta innecesaria, por estar implicada en el enunciado.

La economía puede modificar las palabras mismas mediante el truncamiento. De «vehículo automóvil» se pasa a «automóvil» y luego a «auto»; un «cinematógrafo» acaba en «cine», un «supermercado» en «super».

El desarrollo de las lenguas técnicas ha favorecido también abreviaturas como «UNESCO», «ONU», de las cuales ya nadie recuerda con precisión el origen, y que llegan a tener el valor de nombres verdaderos. El inglés ha llevado muy lejos este género de nominación, hasta el grado de designar a personajes de renombre señalando únicamente sus iniciales, costumbre que empieza a difundirse.

La elipsis, el truncamiento, la abreviatura, se originan en las «lenguas de grupo» que delimitan el contexto: «labo» no es posible sino entre individuos que frecuentan un mismo laboratorio. Posteriormente, al desenvolverse y salir el sentido socio-contextual de los límites del grupo, puede tener por consecuencia un cambio del sentida de base (p. 45).

6. *La claridad de la comunicación; los conflictos homonímicos.* Hemos visto que en la lengua un mismo concepto puede tener varios nombres (sinónimos), y un nombre significar varios conceptos (homónimos); la comunicación se acomoda a esta polisemia porque en el discurso se coloca siempre la palabra en determinado contexto que precisa su sentido. No hay peligro de confundir «tocar el cuerno» y «clavar el cuerno», o las palabras «sima» y «cima» en «bajó a la sima» y «subió a la cima», ni se confunde el «cuerpo diplomático» con el «cuerpo humano» o el «cuerpo del delito».

Sin embargo, puede ocurrir que los vaivenes de la evolución fonética y semántica engendren formaciones cuyos sentidos pueden confundirse en un mismo contexto; habrá entonces colisión y *conflicto homonímico*. En tales casos la lengua tiende a reaccionar redenominando uno de los antagonistas.

Guilliéron ha señalado la importancia de este fenómeno en un estudio fundamental.

Ha demostrado cómo, habiendo causado en gascón la evolución fonética la homonimia de «gato» y «gallo» (*cattus > gat; gallus > gal*), este último ha sido eliminado por una formación de origen expresivo: *bigey* («vicario»): la malicia popular comparó al cura con un gallo en medio de sus gallinas.

El gato y el gallo no podían tener el mismo nombre sin dar lugar a ambigüedades contextúales en frases como «el perro mató al (*gat*)», «dónde está el (*gat*)», etcétera. Uno de ellos debía desparecer y, como se dijo por ahí con ingenio, en gascón el gato ha matado al gallo.

No hay que dudar —sin que para ello tengamos siempre las pruebas— que los *conflictos homonímicos* han dado lugar a numerosos cambios de sentido.

El francés antiguo, por ejemplo, tenía los verbos *amer* y *esmer*, respectivamente «amar» y «estimar», cuya evolución morfológica y fonética confundió en una forma única *aimer* y *e(s)mer.* Como la estima es uno de los elementos del amor, la similitud fonética y semiótica debía necesariamente conducir al conflicto homonímico, máxime que la Edad Media se complacía en formas al estilo de la muletilla literaria (*il*) *ame et esme*. La homonimia causó la desaparición del verbo *e*(*s*)*mer* («asmar», en el caso paralelo del español antiguo), tanto en francés como en español, en provecho de su doblete culto, «estimar».

De manera semejante el latín *mulgĕre* («ordeñar») y *molere* («moler») habían dado lugar a una forma única en francés: *moudre*, por lo que uno de los dos conceptos ha recibido un nuevo nombre: *traire* («ordeñar»).

La colisión entre *les héros* («los héroes») y *les zéros* («los ceros») causó en francés una actual *h* «aspirada», a pesar de que se sigue diciendo *les héroïnes, l'héroïsme* («las heroínas», «el heroísmo»), sin «aspirar».

También fue Guilliéron quien señaló el papel de la *usura fonética* en los cambios de sentido[3] con el ejemplo del nombre francés de la abeja. Esta palabra se había reducido a *é* (< *apem*), forma demasiado pequeña para no peligrar en la cadena hablada, por lo que se la sustituía por el provenzal *abeille* (< *apic'la*) o por el diminutivo *avette*, o por metáforas como «mosca de miel» (*mouche à miel*), «mosca» (*mouche, mouchette*).

2. La evolución del sentido

La nominación por transferencia de sentido es un acto consciente de los sujetos hablantes, que dotan un concepto de un sentido, deliberadamente y con fines determinados. Completamente distintos son los desplazamientos de sentido que se efectúan *motu proprio* en el interior de la lengua (p. 44).

Tienen varias causas:

1. *Evolución del referente.* El «fusil» deriva su nombre de la piedra que servía para producir la chispa, pero seguimos llamando actualmente así a las armas de cápsula, de resorte, de aire comprimido. Ha cambiado la cosa, más ha conservado su nombre.

La evolución de las técnicas, de las instituciones, de las costumbres, conduce a innumerables cambios de sentido; en todo caso, a una modificación de las relaciones entre el significante y su contenido, porque uno puede preguntarse si

hay cambio de sentido *stricto sensu*, pues la esencia del fusil está en su función, la cual no ha cambiado. Hay aquí una consecuencia de la arbitrariedad del signo, resultado del oscurecimiento de la motivación etimológica. Cuando se oscurece la asociación entre el arma y la piedra, el fusil viene siendo un arma de una forma dada y podemos hablar de un fusil de compresión, lo mismo que se procede a herrar un caballo de hule o se dice que el carro del Estado navega sobre un volcán. Los antiguos llamaban catacresis, o abuso, a esta figura; de manera más acertada Darmsteter ve en ella un olvido.

Los desplazamientos de sentido que de ello resultan, son de tres tipos:

a) *Cambio de la naturaleza del referente*. Éste es el caso de la mayoría de los productos de la técnica: el fusil ya no es una arma con una piedra; la pluma ya no es una pluma de ave; el papel no es ya una hoja de papiro; y de la misma manera la realeza, el matrimonio, el parlamento, no son ya lo que eran antiguamente.

b) *Cambio del conocimiento que tenemos del referente*. La ciencia nos descubre nuevos aspectos de lo real, y cuando no crea nuevos términos, el contenido de las palabras se modifica. Nuestra electricidad no es ya la de Franklin; nuestro átomo no es el de Demócrito, ni siquiera el de Berthelot; y seguimos diciendo que el sol se pone o se levanta.

c)

Cambio en nuestra actitud subjetiva respecto al referente. La circunstancia, la experiencia, la costumbre y la propaganda hacen que cambiemos la idea que nos hacemos del comunismo, la delincuencia infantil, el divorcio, etc., y con ello no sólo el valor afectivo, sino el contenido nocional del vocablo.

Esto es particularmente importante en los niveles más elevados de la abstracción, donde los conceptos desprendidos de su sustrato referencial (p. 110 *s.*) están en constante transición.

Las lamentaciones sobre el valor de palabras como «democracia» o «libertad» son lugares comunes en la crítica semántica. De hecho, de una generación a otra, de un grupo a otro, y sobre todo de un país a otro, se trata de palabras diferentes que los traductores deberían conservar en la lengua original, al igual que se hace con *muzik, isba, home, Christmas-cake, Realpolitik, Gemütlichkeit*, y otras.

2. *El oscurecimiento de la motivación etimológica.* Hemos visto más arriba detalladamente (p. 44) cómo la imagen inicial *testa* («tiesto») se borra, dejando una nueva palabra que viene a remplazar a *chef*. Esta semantización de los valores estilísticos es la fuente más importante de la evolución semántica; alcanza la mayoría de las palabras debilitando sus sentidos. En los tiempos de Racine, el verbo *gêner* se relacionaba directamente con su origen («tortura», «gehena»), mientras que en la actualidad significa «incomodar» y su evolución dio un paso más al pasar al alemán como *genieren*, «tener vergüenza». Caso igual es «formidable», que etimológicamente es «temible»; o «hermoso» (< *fermoso* < *formosum*), que originalmente era «de forma [bella]».

3. *La estratificación social.* Lo que llamamos lengua está constituido por estados de lengua: hay lenguas de tono, de géneros, de medios (pp. 38 *s.*).

Las lenguas de grupos sociales, en particular, presentan características distintas que se relacionan a la vez con la cultura, los modos de vida, y sobre todo la actividad econó-

mica y técnica del grupo: según Meillet[4] hay *estratificación social* de la lengua.

Ciertas palabras, que tienen un sentido *general*, son el bien común de la colectividad; otras, que forman mayoría, tienen varios sentidos contextuales (pp. 34 *s.*), por los que los distintos estratos sociales demuestran inclinaciones preferentes; finalmente, hay otros que pertenecen exclusivamente a un grupo, y que tienen un sentido *especial*; son los tecnicismos generalmente.

Al pasar de un grupo a otro, el sentido de la palabra se modifica. Estos «préstamos sociales» son los que según Meillet constituyen el «principio esencial del cambio de sentido». El movimiento es doble: una palabra especial es adoptada por la colectividad total, o al contrario, una palabra general es abandonada a un grupo, lo que da lugar a que en ese grupo cristalice el sentido contextual especial. Hay *generalización* o *especialización* de la palabra.

«Arribar» fue originalmente un término le carácter náutico, y significaba alcanzar la riba, la orilla, y luego se generalizó con un valor estilístico que, al borrarse en francés e inglés, dio al vocablo el sentido de alcanzar un punto cualquiera, y no ya únicamente la ribera. Se ve que a la *generalización*, que es un agrandamiento de la esfera social de la palabra, corresponde la mayoría de las veces una *extensión* del sentido, un agrandamiento de su área referencial (pp. 38 ss.). A la *especialización* corresponde una *restricción*.

La serie francesa *pondre, couver, muer, traire* («poner huevos», «empollar», «mudar de pelo o pluma», «ordeñar») es un ejemplo bien conocido de especialización social. Etimológicamente estas palabras tienen un sentido general: «colocar» (lat. *ponēre*), «estar tendido en» (lat. *cubare*), «cambiar» (lat. *mutare*), y «tirar de» (lat. *trahĕre*). El sentido con-

textual de «poner un huevo», «tirar de la ubre de la vaca», etc., ha eliminado *en el ambiente rural* el sentido de base, por haberse hallado en una situación privilegiada que lo condujo a perderlo.

4. *La contaminación.* Cuando dos palabras se encuentran en contacto, se puede presentar el fenómeno de la *contaminación* o contagio.

La contaminación puede ser de origen sintáctico cuando dos palabras se encuentran frecuentemente en ciertas construcciones.

Las palabras francesas *rien* (< *rĕm*), *pas* (< *passum*), *point* (< *punctum*), *personne* (< *persona*) no son negativas etimológicamente. *Personne, pas* y *point* conservan, desde luego, su sentido de sustantivos («persona», «paso», «punto»). *Rien* es «cosa»; en francés antiguo se decía «la *rien* [cosa] que más amo en el mundo». Pero estas palabras, a fuerza de encontrarse en contextos de negación —«no quiero cosa [alguna]», «no cejo [ni] un paso», «no veo [ni] un punto», «no hay persona [alguna]»—, indujeron a la gramática a considerar que debían ser empleadas siempre con la negación *ne.* En cambio el lenguaje popular considera innecesario ne y estima que *rien, personne*, etc., son las negaciones.

La contaminación puede ser *fonética*, y hay entonces *cruzamiento* de dos formas, como en los retruécanos.

Esto puede penetrar en la lengua, principalmente en colectividades bilingües en que fácilmente pueden ocurrir confusiones entre los dos idiomas. Por ejemplo, la *h* en la palabra francesa *haut* («alto»), proviene de un cruce entre el latín *altum* y el germánico *hoch*, y en la palabra *craindre* («temer»), la *c* se explica por tratarse de un cruce entre el latín *tremere* («temblar») y el celta *krem.*

La contaminación puede ser *semántica*. Por ejemplo las palabras francesas *recouvrir* («recubrir») y *recouvrer* («recobrar») son frecuentemente confundidas.

El bilingüismo favorece en especial la contaminación semántica bajo la forma de *calcas*. Innumerables anglicismos y americanismos penetran actualmente en las lenguas europeas a través de traducciones precipitadas realizadas en la prensa, la radio y la novela popular; con el tiempo estos turistas del idioma terminan por adquirir carta de ciudadanía. Así *réaliser*, semánticamente contaminado por el inglés *to realise*, es un verbo que el francés actual ha incorporado con su nueva acepción en «se realiza una situación» o «el estado mayor realiza las intenciones del enemigo».

Estas contaminaciones semánticas pueden ser difíciles de descubrir cuando no alteran ni la forma ni el sentido de las palabras. Pero en una forma más discreta juegan un papel importante en la vida del lenguaje; piénsese en las posibilidades asociativas en palabras como «estrella-bella», «amor-dolor», etc., casos de contagio latente, sutil, pero que, a la larga, pudiera pasar sobre el valor de la palabra, y a veces sobre su sentido.

5. *La etimología popular*. La etimología popular o falsa etimología (se dice también derivación paronímica) es una forma de contaminación, es una confusión en la mente de gente poco cultivada, que atribuye a una palabra un origen y una formación fantasiosos. Modifica fatalmente su valor, y conduce en ocasiones a verdaderos cambios de sentido.

Así en francés *jour ouvrable* («día laborable») es juzgado como un día en que las tiendas y las fábricas están *ouverts* («abiertas»); *fors-bourg* («fuera del burgo») es vuelto *faux-bourg* («falso burgo»), etcétera.

También aquí los préstamos y el bilingüismo favorecen las interpretaciones: el alemán *Sauer-Kraut* («col agria») se vuelve *choucroûte* («col cáscara»); la «danza aldeana» inglesa, *country-dance*, se interpreta como «contradanza».

3. Clasificación de las causas

La cantidad y la complejidad de las causas que engendran los cambios de sentido imponen la necesidad de una clasificación. Tenemos varias, y sin lugar a dudas la más simple y coherente es la de Meillet[5] corregida por Nyrop.[6]

a) *Causas históricas* o cambios en las ciencias, las técnicas, las instituciones, las costumbres, que acarrean cambios de cosas sin cambios del nombre, y que no alcanzan, pues, sino indirectamente al sistema de la lengua.

Este grupo es aceptado por la casi totalidad de los semánticos (pp. 72 *ss.*).

b) *Causas lingüísticas* o cambios debidos a causas fonéticas, morfológicas o sintácticas: contaminación, etimología popular, conflictos homonímicos y elipsis.

c) *Causas sociales*: «préstamos sociales» y desplazamientos del área social de la palabra, especialización o generalización que conducen a un desplazamiento de su área semántica (restricción o extensión).

d) *Causas psicológicas*: búsqueda de expresividad, tabúes y eufemismos, fuerza emotiva (este cuarto grupo no se encuentra en la clasificación original de Meillet).

Por mi parte, deseo agregar a dicho esquema la distinción entre *causas externas*, cuya etiología está en las cosas nombradas y en cómo las ven los sujetos hablantes, y *causas internas* que dependen de las formas lingüísticas y de sus relaciones dentro del sistema de la lengua (capítulo V, 4).

Esta ordenación, en todo caso, no debe ocultar con su sencillez la gran variedad de los cambios de sentido considerados a la vez según el número de los tipos formales y las causas que los engendran, por no hablar de su fundamental complejidad. Un cambio de sentido raramente es simple, por ejemplo *dada* ha podido parecer una metáfora expresiva, hasta el día en que fue encontrada la huella de su primer empleo en la traducción francesa de un texto inglés; se trata, pues, de una calca. La evolución de *traire* es el resultado de la especialización social de la serie *pondre, couver*, etc. (p. 75); pero antes de ello *traire* era un sustituto metafórico por *moudre*, implicado en un conflicto homonímico (p. 70).

En latín la palabra *cirrus* tuvo el sentido de base «rizo», y, por contigüidad (sinécdoque), tomó el de «cresta», y llegó a desplazarse en Hispania hacia «montículo», con cuyo sentido conocemos actualmente la palabra «cerro». Algunas de las palabras desplazadas, que antes significaban «cerro», subsisten regionalmente o en contextos arcaizantes: «otero» < *altarium*; «cueto» < «coto» < *cotto*; «puy» < *podium* > «poyo»; «coll» < *collis*, «colina».

La mayoría de los cambios de sentido son el resultado de procesos múltiples, cuya complejidad ejemplificará este último caso:

El hígado es en latín *iecur*, pero existía en Roma un platillo particularmente apreciado de hígado con higos (a menos que se haya tratado de hígado de gansos alimentados con higos). Era el *iecur ficatum*, y por elipsis *ficatum*; posteriormente el *ficatum* terminó por designar todo platillo de hígado y finalmente al órgano, tal como si en francés existiera el muy plausible caso de pasarse de «papas fritas» (*des pommes de terre frites*) a «fritas» y luego a «fritas hervidas», «la cosecha de las fritas» [o en español «déme una cerveza fría» elipsado a «déme una fría» y luego semantizado en

«una fría al tiempo», o el colmo: «una fría caliente», empleado en Puebla (México) para referirse a una tortilla de maíz recalentada]. La explicación del paso de *iecur* a *ficatum* y a «hígado» se complica con algo más: tanto la forma esdrújula castellana como la forma francesa *foie* suponen un cambio de acento, hasta ahora inexplicado, de *ficátum* a *fícatum.*

Saltan a la vista la dificultad de un análisis de esta especie, su valor hipotético, y los peligros que implica cuando en la cadena de reconstrucciones falta el menor eslabón.

En estas condiciones ¿será posible establecer leyes de cambios semánticos? Parece dudoso, y la cuestión ha dado lugar a innumerables controversias.

Como las relaciones significantes son netamente convencionales, no puede haber leyes, a lo más habrá reglas semiológicas. Pero las palabras son siempre etimológicamente *motivadas*, y su evolución ulterior proviene de *causas* identificables y definibles; resulta que la creación y la evolución de las palabras están *determinadas, lo* que implica la noción de *leyes.*

Pero hemos visto que esta *determinación queda libre* (p. 33), y nos es tan poco posible prever el nacimiento y el destino de una palabra como los de un individuo.

Sólo se puede, como en la sociología, señalar *tendencias*: oscurecimiento de la motivación, eliminación de los conflictos homonímicos, metaforización de las nociones abstractas, expansión o atracción de temas psicosociales privilegiados, principio del mínimo esfuerzo, etc., son fenómenos que tienen efecto en todas las épocas y en todas las lenguas, pero cuyo estudio sólo es verificable considerando el conjunto. Pueden ser una explicación después del hecho en un caso particular, pues son ciertamente la causa del fenómeno, pe-

ro a la vez una causa que no es necesaria: no se trata de leyes, sino de *tendencias estadísticas.*

V. PUNTOS DE VISTA DE ESTRUCTURA

1. Lengua y estructura

Hasta aquí hemos considerado las relaciones del concepto y de la forma significante en el nivel de la palabra aislada, como cuando se hace el inventario de una casa o el recuento de una tropa. Pero una lengua es un todo, un organismo donde el valor de cada elemento depende no solamente de su naturaleza y de su forma propia, sino también de su lugar y sus relaciones en el conjunto.

El cuerpo humano, por ejemplo, está constituido por células, las cuales forman tejidos que constituyen órganos (corazón, hígado, etc.), agrupados a su vez en sistemas (circulatorio, respiratorio, etc.), y el todo integra *estructuras* coherentes en que todos los elementos y grupos de elementos dependen unos de otros. La forma y el funcionamiento del sistema circulatorio, por ejemplo, dependen de los del sistema respiratorio.

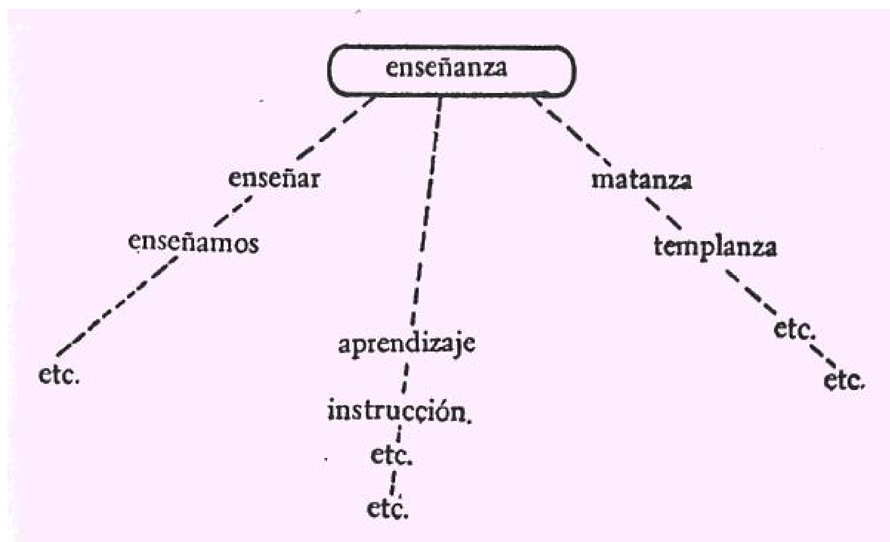
Corresponde a la lingüística saussuriana haber señalado de manera original y revolucionaria que la lengua es una estructura. Este enfoque condujo al estudio estructural del sistema de los sonidos: la fonemática; ella penetra cada vez más en la sintaxis, y recientemente está en vías de abrir nuevas perspectivas a la semántica.

Los diccionarios de raíces y de familias gramaticales por una parte, los diccionarios ideológicos por la otra, establecen la existencia de estructuras formales y conceptuales en

el interior del léxico; el análisis de la significación muestra al mismo tiempo que toda creación, sea morfológica (derivados y compuestos) o semántica (contaminación, etimología popular, cambio de sentido), descansa en *asociaciones entre palabras.*

Saussure mostró en su *Curso* que las palabras forman un sistema en el cual cada una extrae su *valor* de su posición con respecto a las otras: «carnero» no tiene el mismo *valor* que en inglés *sheep*, ya que designa a la vez la noción de *sheep* (borrego vivo) y la de *mutton* (borrego en la carnicería).

Saussure ha subrayado en su *Curso* la «interinanimación» del léxico, en donde cada palabra es el centro de una «constelación» de asociaciones.



Reproducimos aquí el esquema saussuriano (*Curso*, página 175), en el que la palabra «enseñanza» está relacionada, por sus sonidos y su forma, con «enseñar», «enseñamos», etc., por su contenido con «aprendizaje», «instrucción», «didáctica», etc., y por su forma fonética con «matanza», «templanza», etcétera.

Desgraciadamente, no tuvo Saussure tiempo para desarrollar esta noción de la «red de asociaciones».

La idea se encontraba, sin embargo, en el aire. El estudio de las metáforas, por ejemplo, postula implícitamente la noción de estructura; y se las ha agrupado siempre según su origen (metáforas tomadas del vocabulario de la caza, del cuerpo humano, de elementos naturales, etc.), o según su destino (metáforas que designan el amor, la idea de fuerza, el dinero).

Ya en 1910 R. M. Meyer comprobaba que en la nomenclatura de los grados militares cada término deriva su valor de su posición en el conjunto de la terminología que constituye un «sistema semántico» (*Bedeutungs-System*).[1]

L. Weisberger, por su lado, insiste en la interdependencia de nuestros conceptos y de nuestras palabras. Muestra, por ejemplo, que los nombres de los colores forman un sistema arbitrario, que se podría muy bien dividir de manera distinta el espectro, y que los antiguos tenían una escala diferente a la nuestra, que refleja una manera de concebir la realidad distinta de la nuestra.

Abre así el camino al estudio de los «campos lingüísticos» que habrá de ser definido por Thier.

2. Motivación interna y motivación externa

Como quedó dicho antes, los modos de formación verbales pueden ser internos o externos.

Los cambios de sentido se deben esencialmente a una motivación externa, la que, con muchas reservas, será objeto de las páginas siguientes. Pero lo que *motiva* el sentido es efectivamente la analogía entre dos cosas concebidas en la realidad y fuera de la lengua. Ciertamente, varios de estos

cambios de sentido se originan en el idioma (conflictos homonímicos, contaminación, etimología popular). Pero según la semántica tradicional no se trata aquí sino de accidentes o de casos marginales, y los principales tropos (metáfora, metonimia) son definidos y concebidos desde el exterior. Para Bréal y sus discípulos, la semántica se orientaba hacia los aspectos lógicos, psicológicos e históricos de los fenómenos, mucho más que hacia su causalidad lingüística.

El estructuralismo no podía dejar de criticar este punto de vista. Yo lo hice en mi libro *Étymologie*, en que traté de mostrar: por una parte, que la paronimia, bajo múltiples formas, lejos de ser un accidente es un fenómeno general, y por otra parte, que la motivación exoglótica, por evidente y necesaria que sea, es un criterio lingüístico incompleto e insuficiente. Volviendo a uno de mis ejemplos: la *bécasse* [cierta ave llamada «chocha» en español] tiene un nombre, *bec*, que en francés significa «picuda» y que le viene por tener el pico largo (criterio externo o exoglótico), pero además por existir dentro de la lengua francesa el modelo o recurso de designar un animal con base en una particularidad física (comp. *orejón, cabezona, pico-canoa, rabo-hueso, bocachico, cascabel*, en español). Así es que el hecho externo debe ser tomado en consideración siempre conjuntamente con los criterios endoglóticos.

Respecto de esta cuestión fundamental me conformaré aquí con exponer algunos estudios y criterios básicos para una semántica endoglótica y estructural, todavía en pañales, pero que ya permiten vislumbrar una renovación de nuestra disciplina.

3. Los campos lingüísticos de Trier

J. Trier en su *Der deutsche Wortschatz im Sinnbezirk des Verstandes* (Heildelberg, 1931), estudia las palabras que se relacionan con el sector conceptual del entendimiento y señala qune constituyen un conjunto estructurado, en el interior del cual cada una está bajo la dependencia de las otras.

La idea de Trier, como la de Weisberger, es que nuestros conceptos abarcan todo el campo de lo real, como las piezas de un rompecabezas, sin dejar huecos y sin superponerse.

De ello resulta que todo cambio en los límites de un concepto acarrea una modificación de los conceptos vecinos, y, de rechazo de todas aquellas palabras que los expresan.

De esta manera Trier aprecia que a principios del siglo XIII el vocabulario alemán del conocimiento descansa en tres palabras: *Wîsheit*, «sabiduría», *Kunst*, «arte»; y *List*, «maña», «artilugio»; un siglo después se encuentran *Wîsheit, Kunst* y *Wissen*. Pero no se debe creer que hubo simple sustitución de *List* por *Wissen*. De hecho, el sentido de los tres términos del complejo ha cambiado desde entonces al renovarse por completo la estructura lexicológica y la visión del mundo que refleja.

Hacia 1200, *Kunst* se aplicaba a la esferas cortesanas del saber, al conjunto de los conocimientos del «hombre probo» (*prud'-homme*) y del caballero; *List* se aplicaba a las esferas de conocimiento del villano. Son *Künste* el conocimiento del código cortesano de honor, el modo de batirse en torneo, la actitud hacia las mujeres, y también el arte del poeta y, de una manera general, las «artes liberales». En cambio la medicina, la astronomía, todos los oficios, y la destreza técnica del artesano, son *Liste*.

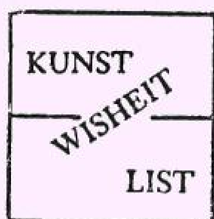
Pero el contraste *Kunst-List*, que a falta de mejores vocablos traducimos por *arte* y *artificio*, expresa en realidad una diferencia que estriba menos en la naturaleza y en la forma

intrínseca del conocimiento que en la clase social y su actitud hacia el saber. Así, la tenacidad y la destreza en el combate, el dominio de sí, son *Kunst* (arte) en el noble, pero *List* (maña) en el pueblo.

Y la *Wîsheit* (sabiduría) contrasta a la vez con *Kunst* y con *List* y cubre a ambas. Es el conocimiento espiritual considerado a la vez desde los puntos de vista moral, estético y, sobre todo, religioso, frente a las actitudes y habilidades prácticas que son las artes cortesanas y las técnicas plebeyas; es *sapientia*, tanto en su eminente carácter de *sapientia personalis* como de *sapientia dei.*

Las tres palabras reflejan, pues, una situación y visión del mundo particulares: un orden material del conocimiento que es doble y que opone una sociedad cortesana con su *Kunst* a una no cortesana con su *List.* Pero este mundo dividido por dos modos de aprehender la realidad social y económica, recupera su unidad en el orden espiritual. Hay dos actitudes específicas hacia la acción y ciencia material, pero solamente una hacia la sabiduría y hacia el conocimiento divino que cubre a ambas.

Cien años más tarde este esquema ha cambiado completamente. *List* ha sido remplazado por *Wissen* (saber), pero el contenido y las relaciones de los tres términos *Wîsheit, Kunst, Wissen* es distinto:





Kunst designa ahora las esferas más elevadas del conocimiento: tiende hacia el sentido moderno de *arte* en oposición a *Wissen*, que se aplica al saber en general y a la habilidad y la capacidad técnica en particular, pero sin connotación social. El conocimiento y las capacidades del individuo pueden desde ahora considerarse independientemente de su clase social.

Wîsheit deja con esto de abarcar el dominio de *Kunst* y de *Wissen*; el saber material y la sabiduría espiritual difieren ahora en su esencia. Este nuevo esquema refleja la desintegración de esta unidad y de esta catolicidad del conocimiento característico de la civilización medieval.

Las palabras forman de esta manera un «campo lingüístico» que abarca un campo conceptual y expresa una visión del mundo, que permiten reconstruir.

Las ideas de Trier han sido el origen de numerosos trabajos. En el campo francés[2] Hans Sckommodau, por ejemplo, ha señalado cómo en el curso del siglo XVII la degración de las nociones morales ha sobajado el valor de las palabras de la vida afectiva; el vocabulario de la sensibilidad se transforma por la asimilación de la sensibilidad moral a la sensibilidad física.

4. En torno a Trier

La noción, de campo lingüístico, definida por Trier, constituye la gran revolución de la semántica moderna.

Sin embargo, era inevitable que suscitase críticas y reajustes.

La idea misma de un campo lingüístico homogéneo, sin huecos ni superposiciones, no resiste el examen, si salimos del privilegiado dominio de las nociones intelectuales que

escogió Trier. El vocabulario del mundo físico y material es siempre confuso en sus linderos. Por otro lado, partiendo de los conceptos, ignora Trier la importancia de los cambios fonéticos y semánticos que afectan directamente a la lengua.

Estas críticas generaron nuevas definiciones del campo lingüístico, también llamado «campo semántico», basado en criterios diferentes.

Jolles e Ipsen[3] definen el «campo» partiendo de criterios formales y lingüísticos. Ocurre lo mismo con los «campos asociativos» de Bally, para quien el campo de la palabra «buey» induce a pensar: *1)* en toro, vaca, res, cuerno, rumiar, etc.; *2)* en labor, arado, yugo, etc.; y finalmente *3)* puede hacer pensar, en español o francés, en fuerza, tenacidad, trabajo paciente, aunque también en lentitud, pereza, pasividad. El lenguaje figurado interviene como un reactivo (comparaciones, metáforas, proverbios, expresiones estereotipadas); compárense: un calor para asar un buey; rumiar una idea, poner un arado delante de los bueyes; fuerte como un buey; ser un buey para el trabajo, etcétera.[4]

Difiere esta definición del campo rotundamente de la de Trier. La noción de estructura lexicológica es compleja y converge en estudios de los estilos más distintos, según el punto de vista adoptado. El problema está todavía lejos de haber sido examinado y aclarado en su conjunto.

5. La lexicología de Matoré

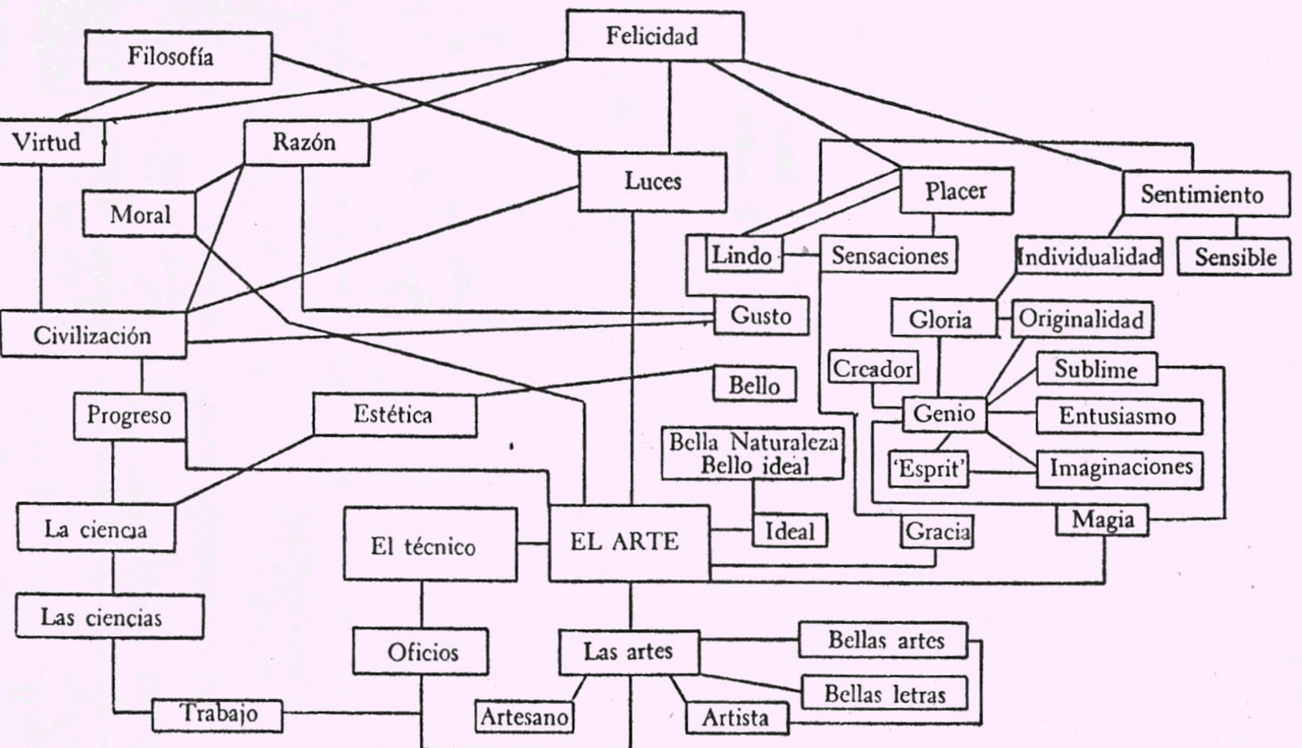
La *lexicología* de Matoré[5] es uno de los desarrollos más recientes de la semántica estructural.

Es un estudio de los «campos nocionales» emparentado con el de Trier en la medida en que es paraglótico, ya que

según el autor «el objeto de la lexicología es particular; es partiendo del estudio del vocabulario cómo intentaremos explicar una sociedad. Podríamos definir también la lexicología como una disciplina sociológica que emplea el material lingüístico, que son las palabras» (*La méthode*, p. 50).

Es sobre todo cuestión de temperamento y de visión —por no hablar de método—, lo que separa a Trier de Matoré. El primero es «filósofo», en la tradición de la escuela idealista alemana; el segundo es «sociólogo» de la escuela francesa ilustrada por Meillet, Brunot, Vendryes.

El campo nocional de ARTE y TÉCNICA hacia 1765
(Según G. Matoré, *La méthode en lexicologie*)



Trier estudia ante todo la vida espiritual y moral con la finalidad de captar el *Geist* («espíritu») de una nación y de una época, mientras que Matoré se interesa principalmente por el sustrato material, económico, técnico, político, del léxico,

Es fácil reconocer en el último el enfoque con sustitución del estudio «atómico» de palabras aisladamente consideradas por la noción de estructura.

Matoré deslinda en primer término las «generaciones lingüísticas», que son los grandes gajos históricos dentro de los cuales estudiará la estructura lexicológica desde un punto le vista estático. Divide de esta suerte el periodo que va del Renacimiento a las postrimerías del siglo XIX en once generaciones de unos 33 años.

En cada uno de estos estados de lengua encuentra la presencia de *palabras-testigo* o neologismos correspondientes a nociones nuevas que surgen en el seno de la colectividad en ese particular momento de su historia. Entre estas palabras-testigo algunas tienen una importancia primordial, *honnête homme* («hombre honrado, cabal; buen hombre») en el siglo XVII; «filósofo» en el XVIII. Son *palabras-clave* que rigen a las otras y son el centro de un *campo nocional.* La lexicología tiene por objeto establecer, deslindar y estudiar los campos nocionales que caracterizan una sociedad.

De *La méthode en lexicologie* reproducimos, a título de ejemplo, el plan para el estudio del léxico de la generación de 1765, y el campo nocional de Arte y Técnica hacia la misma época (v. esquema, p. anterior).

EL LÉXICO EN 1765

A. Tipo social: el filósofo:
B. Fines: la felicidad:
C. Medios:

I. *La razón y las luces.*

a. Razón: su carácter: ni autoridad ni tradición: tradicional (1772); eclecticismo (1755).
b. Luz: el siglo de las Luces.

1) El método:

a. Análisis: analizar (fin del s. XVII).
b. Experiencia: empirismo (1736, medicina).
c. Síntesis (s. XVII: Descartes) y sistema.

2) El modelo: la naturaleza: principal objeto de la ciencia; la observación.

a)

1. Ciencias naturales: zoología, botánica, etc.
2. Derecho natural: el «buen salvaje» («*bon sauvage*»).
3. Moral natural: deísmo, ateísmo, charlatanismo (1752).

b) La naturaleza y el sentimiento.

1. El Arte: el «Bello Ideal» («*beau idéal*»).
2. El gusto por la Naturaleza: jardín inglés, etcétera.

II. *El sentimiento.*

1. En la vida: sensible, sentimental, romántico, esotérico, apología de las pasiones (ardor, entusiasmo, éxtasis, vapores, lágrimas).

2. En el arte:

1. El corazón: sentimiento, patético, conmovedor, interesante, lindo.
2. La imaginación, el numen (labia, «*verve*»).
3. La originalidad: genio, mágico, plagio (académico se vuelve peyorativo).

3. En la filosofía: esotérico (1755), espiritualista (1775).

III. *Las sensaciones.*

1. En la vida: el placer; vocabulario galante: voluptuosidad, amorío («*affaire*»), favores, fantasía, etc.
2. En el arte (papel importante de las artes menos «intelectuales» que la literatura: pintura, música).
3. En filosofía: Helvecio.

IV. *La sociedad*: el *esprit*, la conversación, el gusto, la corrupción del corazón (burlar, *persijler*, 1762).

V. *La virtud.*

D) Los resultados:

1. *Nueva clasificación de las ciencias*: psicología (psicólogo, 1760), estética (1753).

2. *Los progresos de las ciencias*: abandono de la mentalidad precientífica. Las ciencias y el problema de la nomenclatura. Los progresos de las ciencias:

a)

1. Ciencias naturales.
2. Química
3. Física.
4. Matemáticas.

b)

1. Ciencias económicas: economistas (1767): los fisiócratas, la noción de clase social (Turgot).
2. Ciencias políticas.

3. *Las artes.*

a. Las tendencias del gusto: academismo, originalidad. El «genio».
b. La nueva estética: de lo lindo al «bello ideal».
c. Las realizaciones.

1. Artes plásticas (bellas artes) ⇒ su desarrollo: la pintura.
2. Música. ⇒ Prosa. Poesía. El vocabulario
3. Literatura (bellas artes) ⇒ literario: noble; neologismo, neología.

4. *La vida económica*: los oficios (Enciclopedia); el comercio: capitalismo (1759); importación (1748), comercial (1749), contabilidad (1753).

5. *Las nuevas ideas.*

a. El análisis. La Enciclopedia. Las nuevas nociones, arte, técnica, ciencia. Valoración de la idea de trabajo; maquinismo (1742), industrial (1770).
b. Evolución y progreso: la perfectibilidad (1750), perfectible (1767), decadencia (1770).
c. Individuo y sociedad: individualidad, genio. La sociedad: vida política, libertad, patria, nación, humanidad.
d. Síntesis: la idea de civilización (1769).

Este cuadro expone al análisis la estrecha interdependencia de las dos nociones, tal como se encuentran en los escritos de ese tiempo, en especial en los Salones de Diderot y en la Enciclopedia.

Las ideas y el método de Matoré se han concretado en algunos estudios importantes: la propia tesis del autor sobre *Le vocabulaire et la société sous Louis-Philippe*, la de A.J. Greimas sobre *La mode en 1830. Essai de description du vocabulaire vestimentaire d'après les journaux de mode le l'époque* , la de B. Quemada sobre *Le commerce amoureux dans les romans mondains (1640-1670).*

Por su originalidad y por una constante preocupación metodológica, consagran estos trabajos la importancia de la noción de «campo lingüístico», dándole el lugar que, sobre todo en Francia, no le había sido concedido, y al mismo tiempo encerrándolo entre límites, sin duda deseados y reconocidos por el autor, pero que deben superarse.

El estudio de las «esferas de pensamiento» de Sperber y las «encrucijadas lingüísticas» de Belin-Milleron, ponen en evidencia el aspecto psicológico y lingüístico (*stricto sensu*) de este problema.

Sperber[6] (p. 66) ve en la *fuerza emotiva* una de las fuentes de la creación lingüística y de los cambios de sentido.

Lo mismo en la colectividad que en el individuo hay *esferas de pensamiento* privilegiadas, suerte de temas obsesivos.

Dependen del medio y de la actividad: la tierra, las estaciones, por ejemplo, ocupan un lugar preponderante en los pensamientos y preocupaciones de los campesinos; al igual que el mar y la navegación preocupan al pescador. Se ligan también a las circunstancias: los temas religiosos en ciertas épocas, los temas políticos durante una revolución, adquieren lugar de preferencia. Así, el miedo, el odio o la voluntad de poder pueden invadir en tiempos de guerra el campo del subconsciente.

Se trata de obsesiones difusas, no fijadas, frecuentemente inconscientes y aun inhibidas por tabúes sociales.

Desde el escondido puesto que ocupan en la conciencia, coloran el pensamiento y actúan en dos direcciones sobre el lenguaje: por *atracción* y por *expansión*.

Pueden *atraer* otros pensamientos y otras palabras a su órbita, tomando imágenes de la realidad exterior. Así, la ametralladora se vuelve para el soldado un molinillo de café, o una máquina de coser, una regadera, etc. El lenguaje popular (*argot*, caló, germanía) y el lenguaje familiar tienen una bien conocida riqueza metafórica para referirse al dinero, el sexo, al amor, temas obsesivos, si los hay.

La fuerza emotiva puede actuar también por descompresión: el tema estalla y se vuelve fuente privilegiada de imágenes. Esto hace que en ciertas épocas y en ciertos medios el lenguaje militar, religioso o político actúe sobre el vocabulario entero. Basta pensar en la *expansión* de la termino-

logía militar y de montería en la Edad Media, en las metáforas tomadas de la vida religiosa y de la liturgia durante las guerras de religión, etcétera.

Las tesis de Sperber desembocan en toda una corriente de la estilística actual, de inspiración psicoanalítica. Encuadrado dentro de mi descripción de la metáfora, concebida como una posta semántica (*cfr. supra*), definí el fenómeno de la metasemia inconsciente con el término de *transvalorización.* [7] Aunque estos hechos son de origen individual y de ahí *estilístico* en sentido estricto, no dejan de desempeñar un papel decisivo en la formación de una lengua dada.

7. Las encrucijadas lingüísticas de Belin-Milleron

El lógico y sociólogo Belin-Milleron ha puesto de relieve la existencia de una lógica «concreto-compleja» distinta de la lógica conceptual tradicional.[8] Tiene su origen en el lenguaje mismo y en asociaciones verbales que se crean en virtud de correlaciones lingüísticas privilegiadas, lo que Belin-Milleron llama «encrucijadas lingüísticas del pensamiento».

Analizando el lenguaje político de la Revolución francesa, señala el autor que las nociones de *Ley* y de *Patria*, por ejemplo, están siempre *asociadas a las mismas ideas afectivas o técnicas*, «pasan por los mismos caminos», asociadas a los mismos nexos de Bienestar general, Unión, Pueblo, Felicidad, Virtud, Libertad, Sacrificio, etc. A fuerza de encontrarse en los textos y los discursos las ideas de Ley y de Patria asociadas a las mismas palabras e implicadas en las mismas situaciones, se termina por identificarlas, y esta identificación no es implicada por la definición de las palabras y los cánones de la lógica tradicional, sino por la *convergencia*

de los nexos formados por las dos series nocionales de Ley y Patria.

Así, en el espíritu público «cada noción que abre una serie no es ya un concepto arbitrariamente aislado por el idioma, sino un agregado de determinaciones y de alegaciones», y el conocimiento que tenemos de esas nociones es de naturaleza «concreto-compleja», descansa en determinaciones múltiples de naturaleza espiritual, afectiva, etc., no ya en definiciones lógicas abstractas.

Es una crítica de la lógica aristotélica. Lo que nos interesa aquí es la naturaleza lingüística del fenómeno, con las hipótesis y las vías que abre a la semántica estructural.

8. Los campos semánticos

Actualmente se llevan a cabo diversas investigaciones cuyo objetivo común es describir conjuntos léxicos por medio de un sistema de rasgos de significado elementales. Son sistemas cuyos modelos son los de la lingüística moderna y, en especial, de la descripción fonemática.

Estos estudios aspiran a superar la noción del campo —estrecha y superficial—, para llegar a estructuras, a la vez más profundas y más generales, que pudieran abarcar el léxico en su totalidad.

El capítulo siguiente constituye un balance de dichas investigaciones —todavía poco avanzadas y a menudo decepcionantes. Se encontrarán en ellos diversos ejemplos de «campos semánticos» tomados de B. Pottier (p. 112), de G. Mounin (p. 112 *s.*). Esas investigaciones se podrían mencionar ya en este capítulo toda vez que estamos tratando ahora del *campo*, más que de *sistemas*.

La tarea es precisamente reducir estos *campos* a verdaderos *sistemas* y éste es el problema que se plantean las diversas semánticas y lexicologías actuales, de inspiración estructuralista. No se podría decir que lo hayan resuelto: de hecho, tenemos el derecho de preguntar si es posible resolverlo, al menos en los términos en que actualmente está planteado.

VI. LA SEMÁNTICA ESTRUCTURAL

La semántica, tal como fue concebida originalmente por Bréal, es un estudio histórico (véanse capítulos III y IV). En cambio, las diversas teorías que reagrupamos bajo el rubro de «campos semánticos» o «campos léxicos o lingüísticos» son los primeros esbozos de una semántica descriptiva que, según la enseñanza de Saussure, buscan una definición sincrónica y estructural del sentido.

Sin embargo, el balance de tales tentativas es modesto e inclusive negativo. Todo el mundo está de acuerdo en ello, al grado de que muchos se preguntan si no es utópica la empresa.

Se ha observado, efectivamente, que son muy pocas las estructuras léxicas, que siempre y en todas partes son las mismas y que cada una de ellas abarca solamente un campo conceptual reducido.

De hecho, se trata de las palabras que designan: los colores, los grados militares, los grados de parentesco, u otras escalas que forman pequeños conjuntos de una docena de voces, que cubren un campo muy bien delimitado, dividido en nociones diferenciadas cuyas relaciones son «complementarias»: los colores, lo mismo que los grados, son como los peldaños de una escala cuya cantidad se determina por el espacio que cada uno puede cubrir.

Estas estructuras lingüísticas corresponden a estructuras conceptuales que resultan ser casos particulares y excepcio-

nales. Es evidente que salvo dichas excepciones, no se podría confundir la noción de *campo* semántico con la del *sistema* fonemático que integran los fonemas o el *sistema* morfemático integrado por los morfemas, en que cada uno de los elementos en juego es necesario para el funcionamiento del conjunto, y que es el único que merece el nombre de *estructura*. El campo semántico es ciertamente un conjunto de relaciones del que cada término extrae su motivación, pero esas relaciones no son necesarias ni sistemáticas. Este carácter contingente de las relaciones léxicas parece borrar toda esperanza de reducir el léxico a un sistema completamente estructurado.

Sin embargo, tal es la vía a la cual se ha lanzado la lingüística contemporánea desde cuando fueron escritas las líneas de la primera edición del presente opúsculo, hace veinte años. Lo que ahora tenemos que hacer, es el balance de esta empresa.

Como era de esperarse, una vez que las diferentes escuelas de gramática distributiva, transformativa, generativa, etc., hubieron ofrecido modelos para sus especulaciones, la semántica intentó marchar por esas mismas vías y por las rigurosas de la fonemática.

1. El análisis de la distribución

El análisis del sentido es el problema fundamental de la lexicología. ¿Cómo definir el sentido de una palabra? ¿Cómo distinguir los diferentes sentidos de una palabra?

En un punto al menos, la lingüística moderna es unánime al considerar que «las palabras no tienen sentido, tienen solamente empleos» y que «los sentidos de una palabra no son sino la suma de sus empleos». Es decir, que el sentido

de una palabra dentro del discurso (no habría sentido más que en él) se define por sus relaciones con las otras de la cadena hablada.

Consideremos, por ejemplo, los 64 sentidos o significados que el diccionario de Littré distingue respecto del verbo *tirer* (sacar o tirar). El autor nos lo ofrece a granel, pero de hecho el análisis indica que dichos sentidos se pueden reducir a solamente 4 categorías. La primera y más importante es la que agrupa todos los significados que implican un movimiento impuesto por un sujeto que atrae un objeto hacia sí.

Se ve entonces que los diferentes sentidos que distingue Littre: *sacar* (*extraer*) *vino, jalar la pierna, tirar las reses, tirar un vehículo, sacar o extraer un ingreso, etc.*, dependen de la naturaleza del objeto atraído, según que sea móvil o no, que sea sólido o líquido, etc. El sentido está ligado, por otra parte, al medio empleado para atraer o tirar: *cuerda, mano, pipeta*, etc.

Así, la acción es definida por su objeto (o su sujeto, su medio, etc.). Y recíprocamente, el *vehículo*, el *vino*, el *ingreso*, la *res*, son (*parcialmente*) definidos por su propiedad de poder ser *jalados* o *atraídos.*

Esta definición sintáctica del sentido es la base del análisis de la distribución (llamado «distribucional» en francés), que consiste en clasificar y definir las palabras y sus significados por sus relaciones con los otros términos del conjunto, postulando que las formas que se encuentran puestas en un contexto idéntico, tienen propiedades comunes definidas por dicho contexto.

De esta manera, en frases como «él saca vino (pulque, cerveza, etc.) del barril», se concluirá que vino, pulque, cerveza, pertenecen a una misma categoría.

Puede verse que un análisis de este tipo rechaza toda referencia al «sentido», o sea, su contenido semántico, y el problema de saber si el sentido será recuperado o no y reintroducido al final de la operación es un aspecto secundario del método, que continúa siendo en principio formal; el parentesco semántico de vino, cerveza, sidra, es definido únicamente por la propiedad de poder conmutarse en un mismo contexto.

Se notará el carácter revolucionario del nuevo método; pues si a menudo hemos subrayado la recurrencia periódica de los modelos y de los puntos de vista, se debe notar que este «antimentalismo» (rechazo de recurrir al sentido definido como contenido mental) vuelve a poner en duda una tradición que data de los orígenes de la especulación y de la práctica lexicográficas.

L. Bloomfield[1] es el jefe de la escuela de Yale en los Estados Unidos y padre del «distribucionalismo», de donde su discípulo Z. S. Harris sacó todas las consecuencias. En formas más o menos puras, más o menos ortodoxas, más o menos rigurosas, el «distribucionalismo» domina toda la práctica lexicográfica más reciente.

Tal es el caso, concretándonos a Francia, del *Diccionario del francés contemporáneo* de Jean Dubois, del primer volumen, recientemente aparecido, del *Tesoro de la lengua francesa* de Paul Imbs, y si el *Diccionario de Robert* es un poco conservador, nutre el pensamiento de un equipo que ha colocado esta problemática del sentido en el centro de sus reflexiones y en el centro de una confrontación entre las esperanzas de una teoría revolucionaria y de una práctica cuyas limitaciones e inercia siguen siendo considerables.

Respecto a estos trabajos de lexicógrafos teóricos, y particularmente los de Jean Dubois, de Alain Rey y de J. Rey-De-

bove, léanse los artículos publicados regularmente en los *Cahiers de Lexicologie*, los números colectivos de *Langue française* (número 4 *La sémantique*, número 2 *Le lexique*) y las lecturas de *Lexicologie* de Alain Rey.

Estas especulaciones, a menudo muy avanzadas y muy abstractas, son los pilares actualmente de la práctica lexicográfica. Examinaremos como ejemplo el artículo *abandonar* del *Tesoro de la lengua francesa*, cuyo primer volumen apareció en febrero de 1972.

Ciertamente dicho artículo es todavía muy prudente y vemos con claridad que concibe el sentido como un dato intuitivo de la experiencia.

Dicho esto y una vez admitido que estos sentidos no son más que una reconducción de la herencia lexicográfica tradicional, el *Tesoro de la lengua francesa* los reagrupa en un marco original cuyos criterios de clasificación son completamente sintácticos.

Así, el artículo *abandonar* distingue:

I. Empleos transitivos; II. Empleos pronominales.

Entre los primeros se distinguen:

A. Empleos transitivos, en que el agente es normalmente una persona;
B. Empleos con un segundo objeto siempre precedido por *a*.

En el caso de A se oponen los empleos en que 1) el objeto es una cosa y 2) el objeto es una persona.

El caso en que el objeto es una cosa, es el caso en el cual: *a)* el lazo anterior con el objeto era una ligadura de posesión real y *b)* el lazo con el objeto era una ligadura de posesión solamente proyectada.

El sistema de los sentidos está ligado a este sistema de relaciones sintácticas:

A) «Romper una ligadura que unía el agente a una persona o a una cosa»;

1) «Romper una ligadura que unía el agente a una cosa»;

a) «ligadura de posesión real».

Así, el ejemplo: *el humilde propietario abandonó su campo* es clasificado como I. A, 1, *a* (empleo transitivo, el agente es una persona, el objeto es una cosa, el lazo anterior con el objeto era de posesión real) lo que significa que «una persona rompe un lazo que lo unía a una posesión real».

Se ve pues, que la distinción de los sentidos es operada con base en criterios formales (categorías gramaticales) que definen las relaciones de la palabra con las otras palabras del contexto.

Es evidente, sin embargo, que un análisis de este tipo es limitado y que no nos dice, en particular, la manera como abandonar significa «romper un lazo».

El análisis se limita aquí a la superficie de las palabras, pero uno se da cuenta, al mismo tiempo, de la formidable tafea que sería, admitiendo que fuera posible, la reconstrucción de una estructura del léxico francés en su conjunto.

Sin querer ir tan lejos, Jean Dubois, en una serie de artículos y trabajos, nos ha dado el modelo de un análisis distribucional llevado hasta un cierto grado de elaboración. He aquí, a guisa de ejemplo, cómo define y compara dos sinónimos tales como *agudo* y *picudo*.[2]

Estudiando la *distribución* de estas palabras, distingue tres clases:

La primera está constituida por los sustantivos que admiten los adjetivos redondeado o *picudo*; de entre estos sustantivos, una parte solamente admite agudo. Esto ha sido establecido a partir de las posibilidades de las permutaciones que definen la distribución de estas palabras.

Así, se dice: *uñas, pico, flecha*, etc., *picudos* o *agudos*; pero *sombrero, cabeza, zapato*, etc., *picudos*, pero no agudos. Por lo tanto, en esta clase, *agudo* aparece como un subconjunto de *picudo*.

Esta situación se invierte en la clase de sustantivos que admiten *sordo* o *taladrante*, como: *voz, grito, timbre, sonido*, etc.; de entre éstos, solamente *voz* o *tono* admiten [en francés] *picudo*, el cual es por lo tanto un subconjunto de *agudo*.

Finalmente, una tercera clase de sustantivos que admiten *crónico, grave* (*dolor, enfermedad, crisis, nefritis*, etc.), no presentan ninguna posibilidad de combinación con *picudo*.

Evidentemente, cuando reintroducimos el sentido, vemos que esas tres clases corresponden a tres categorías sémicas especiales: «sólidos», «sonidos», «enfermedades»; pero el interés de este estudio está en mostrar que se pueden precisar la existencia y los límites de estas tres clases, sin tener que recurrir al sentido.

Se encontrarán, en las obras citadas, muchos ejemplos de análisis distribucional, que no podemos mencionar aquí por falta de espacio. Muestran que la teoría y la práctica del distribucionalismo son desde ahora una adquisición de la lexicología y uno de los instrumentos del lexicógrafo, como lo demuestran los diccionarios más recientes, por ejemplo: El *Diccionario de francés contemporáneo* o el *Tesoro de la lengua francesa* (véanse párrafos anteriores); muestran también los límites del distribucionalismo, que son debidos a su complejidad y a su pesadez.

Resulta claro que la aplicación del método a un conjunto un poco extenso (o con mayor razón a la totalidad del léxico) es completamente quimérica, dado el estado actual de los medios de que disponemos.

Hay que comprender bien, en efecto, cómo se plantea desde ahora el problema.

De un *corpus* (conjunto de textos) se extraerán las unidades significantes y se definirá cada una por el conjunto de sus relaciones con cada una de las demás. En un repertorio de palabras: m_1, m_2, m_3 ... etc., m_1 será definida como: sujeto de m_{15}, m_{35} ..., complemento de m_{20}, m_{5000}, etc. De esta manera, *perro*, sujeto de «ladrar», de «cazar» ... complemento de «vacunar», de «cortar la cola a», etc.

Cuando, por medio de una primera operación se haya así establecido la «distribución» de cada término, estos últimos serán reagrupados en clases constituidas por el conjunto de los que tengan en común una o varias relaciones idénticas.

De esta manera, todas las palabras que sean sujeto de m_{15} formarán una clase junto con m_1; todas las palabras que sean a la vez sujeto de m_{15} y de m_{35}, formarán una segunda clase, etc. Es fácil ver que un análisis de este tipo aplicado a un *corpus* un poco extenso traería consigo miles de millones de relaciones y que esta tarea parece ser todavía (y sin duda por mucho tiempo más) inalcanzable para las computadoras más poderosas.

2. El análisis de componentes

El análisis de distribución, como acabamos de decirlo, llega a estrellarse ante problemas técnicamente insolubles. Su negativa a recurrir al sentido (su antimentalismo) sustituyéndolo por una definición puramente formal de las unida-

des léxicas postula el análisis exhaustivo de un *corpus* que escapa rápidamente del dominio del observador, a medida que resulta aunque sea nada más un poco extenso.

La crítica del «distribucionalismo» origina un nuevo método llamado «generativo», que es, naturalmente, lo contrario de la primera.

Deductiva, racionalista y mentalista en su proceso, la nueva escuela substituye por la construcción de modelos deductivos y *a priori* el análisis exhaustivo de los *corpora*; de paso, recupera la noción de sentido.

De hecho, la ambición de construir un sistema semántico está ya en el aire y se le encuentra entre muchos investigadores que no tienen ningún lazo con el movimiento generatista, sólo que este último cristalizó sus problemas y les dio un impulso nuevo.

Hay un cierto número de puntos comunes entre estos métodos, tan diversos, agrupados aquí bajo el anglicismo de «componenciales». Esta nueva semántica tiene como objeto reconstruir el «sistema de los sentidos o significados» como la fonemática construye el «sistema de los sonidos». Dado que, en el plano de los significantes, la palabra es un «paquete de fonemas», ¿no podría uno imaginar que el concepto significado sea «un paquete de unidades elementales de significación»?; así, vaca estaría formado por «animal» + «hembra» «doméstico» + etc… De ahí el nombre de «análisis componencial» (esto es, de componentes sémicos) dado a los estudios de este tipo.

He aquí un viejo problema y el primero para todo lexicógrafo que busque una definición. A este respecto se pueden leer con provecho los trabajos de J. Rey-Debove y, en especial, su *Estudio lingüístico y semántico de los diccionarios*

franceses contemporáneos (Mouton, 1971) en donde se encontrará una exposición y una crítica de estas cuestiones.

Es también el problema de toda taxonomía; una flora, una fauna, consisten en reducir conjuntos heteróclitos a un sistema de contornos pertinentes. Desde luego, hay que saber en qué medida el lenguaje puede ser considerado como una taxonomía y asimilado a un sistema de este tipo.

En este terreno, contamos con un precedente ilustre y particularmente instructivo en el conjunto de tentativas que, desde Descartes hasta Leibniz, vieron la luz bajo el nombre de *lenguas filosóficas*.

Entre estos sistemas, uno de los más completos y sin duda de los más originales es el *Ensayo de un carácter gráfico real y de una lengua filosófica* (Londres, 1668) de John Wilkins. A partir de un análisis de los diccionarios,[3] el autor divide todas las cosas de las que se habla en seis géneros, que divide a su vez en 40 clases según sus diferencias. Cada una de dichas clases está representada por un carácter gráfico, el cual, a su vez, está marcado abajo y a la izquierda con un ángulo recto, obtuso o agudo, para indicar la primera, la segunda o la tercera diferencias; finalmente, en el otro extremo del carácter, se agregan líneas que indican las especies comprendidas entre cada diferencia. Wilkins, por otra parte, traspone estos ideogramas en formas articuladas. Para esto, expresa cuarenta clases fundamentales por medio de sílabas simples del tipo: *ba, be, bi, da, de, di, ga, ge, gi*, etc. A estas raíces agrega una consonante que expresa la diferencia en el interior del género; después, una vocal que distingue la especie.

Existen varios lenguajes de este tipo, por ejemplo: la nomenclatura de las plantas de Michel Adanson, tal como la ofrece en *Las familias de plantas* (1763) antes de abandonar-

la para provecho de la clasificación de Linneo. Finalmente, entre los defensores de esta lengua filosófica universal se debe conceder un lugar muy particular a Leibniz, quien toma las ideas de Wilkins.

Se las encuentra ya en Descartes, quien dice: «Si alguno hubiera explicado bien las ideas simples que están en la imaginación de los hombres, de las cuales se compone todo lo que éstos piensan, y eso hubiera sido adoptado por todo el mundo, yo me atrevería a esperar en seguida una lengua universal, muy fácil de aprender, pronunciar y escribir, que representara tan distintamente todas las cosas, que sería casi imposible al hombre el equivocarse».

Esto es un viejo sueño. ¿No es el de Aristóteles y sus categorías?

Es proseguido actualmente por las *semánticas* llamadas *estructurales* o *de componentes*, con sus principales postulados de universales lógico-lingüísticos, cuyo método sistemático de combinación informaría y sostendría nuestros conceptos. Es curioso que la nueva escuela, que tan a menudo se proclama seguidora de los gramáticos de Port-Royal, ignore totalmente la lengua filosófica; encontraría en ella útiles temas de reflexión, aunque fuera sólo en las razones que acarrearon su fracaso y abandono.

1. *Las nomenclaturas.* Pero comencemos por lo más sencillo: las nomenclaturas.

La computadora, con la definición, clasificación y memorización de inmensas colecciones de los documentos más diversos, exige la construcción de nuevos «lenguajes» que en la mayoría de los casos reposa sobre un análisis componencial de los diversos documentos clasificados.

En este terreno fecundo, citemos a guisa de ejemplo los trabajos de Gardin.[4] El propósito del autor, quien es arqueólogo, es clasificar, catalogar y poner en fichero electrónico un vasto conjunto de objetos, tales como utensilios, recipientes, etc. Para el efecto ha concebido un código con el que cada objeto puede definirse por la presencia o la ausencia de un reducido número de rasgos pertinentes; por ejemplo: recipientes con o sin asa, con o sin pie, con o sin cuello, etcétera.

Evidentemente, Gardin describe y clasifica aquí las cosas y no las palabras; y queda el problema de saber si tal procedimiento puede ser aplicado en el plano del lenguaje.

Esto es lo que piensa B. Potier en un análisis, muy pertinente y a menudo citado del sistema de los «asientos». A partir de un inventario de una treintena de asientos (*sillón, silla, taburete, banco*, etc.) el autor se da cuenta de que cada uno puede ser definido a partir de un sistema de seis rasgos pertinentes binarios: *con o sin respaldo, con o sin brazos, con o sin pies, para una o varias personas*, etc. Así tenemos un sistema de descripciones de los significados que es perfectamente análogo a los sistemas fonológicos que describen a los significantes.

La cuestión es, una vez más, saber en qué medida se describen aquí las palabras o simplemente las cosas; y por otra parte, saber si tal descripción puede ser generalizada o extendida a otros conjuntos.

Esto constituye el objeto de dos estudios de G. Mounin, dedicados a dos *campos semánticos*, el de los *animales domésticos* y el de las *habitaciones*. Recomiendo leerlos en su libro *Clefs pour la sémantique*.

Un ejemplo, una pequeña parte de este campo, tal como Mounin los reconstruyó (*op. cit.*, p. 114) aparece en la página

siguiente:

Hay que comentar respecto de este cuadro, del que sólo reproduzco una parte, que se trata de una «estructura de superficie» cuyas unidades de sentido —asno, caballo, mulo, etc.— no se han definido.

CAMPO SEMÁNTICO DE LOS ANIMALES DOMÉSTICOS

nombre específico	asno	caballo	mula	res	cabra	carnero	cerdo	etc.
macho	burro	caballo	mulo	toro	chivo	borrego	verraco	etc.
hembra	burra	yegua	mula	vaca	cabra	oveja	puerca	etc.
cría	pollino	potro		becerro	cabrito	cordero	lechón	etc.
cuidador	burrero	caballe-rango	mulero	vaquero	cabrero	ovejero	porquero	etc.
etc.	etc.	etc.	etc.	etc.	etc.	etc.	etc.	

Además, es una estructura muy laxa, de cuyos casilleros hay 33 vacíos, por lo que caben serias dudas para darle el nombre de estructura. En el mejor de los casos, un conjunto así es una estructura bastante incompleta, en que algunos términos tienen correspondientes morfemáticos (burr*o* : burr*a*; cabr*a* : cabr*ito*; puerc*a* : porqu*ero*) y otros no los tienen (verraco : lechón; cabra : chivo; potro : yegua).

Es un sistema extremadamente anti-económico, en que el número de rasgos relevantes o pertinentes es muy elevado en relación con el número de formadas generadas.

En fin, como siempre, se trata de un campo muy restringido, cuyos rasgos descriptivos, dada su carencia de generalidad, no parecen ser aprovechables para la descripción de otros conjuntos. Mounin está consciente de todo esto y hay que apreciar su conclusión prudente y medida:

«Nos podemos preguntar legítimamente si las tentativas estructuralistas conocidas hasta ahora han producido resultados tan sólidos como en los otros terrenos lingüísticos, y contestar que la estructuración del léxico, y menos todavía la de la semántica, no han revelado sus secretos» (*Clefs pour la sémantique*, p. 160).

Sin embargo, son estos secretos los que pretende entregarnos la «semántica estructural», en su ambición de reconstruir el sistema completo del léxico basándose en combinaciones de un pequeño número de unidades semánticas. Entre estos trabajos, actualmente muy de moda y cada vez más numerosos,[5] citaremos los de Greimas en Francia y los de Katz y Fódor en los Estados Unidos.

La filosofía del lenguaje de Katz y Fódor. Katz y Fódor, discípulos de Chomsky, intentaron definir una lexicología ge-

nerativa, es decir, dentro de la terminología de la escuela, las reglas capaces de engendrar todas las formas léxicas de la lengua y solamente éstas. Sus puntos de vista se encuentran resumidos en: J. A. Fódor y J. J. Katz, *The structure of language. Readings in the Philosophy of Language*, Prentice-Hall, 1964 y J. J. Katz *The Philosophy of Language* (1966), título característico que lleva a los autores hacia Aristóteles, a quien rechazan, y hacia Leibniz, a quien pasan por alto.

El objetivo de dichos autores es la construcción de un diccionario, en el que cada artículo sea definido por *marcadores gramaticales* (nombre, adjetivo, etc., masculino, femenino, etc.), después por *marcadores semánticos* (animal, humano, etc., macho, hembra, etc.), y por *diferenciadores*, que determinen las *restricciones de selección*. Por otra parte, cada tipo obedecerá a *reglas de proyección*, que determinen la transformación de una categoría en otra (por ejemplo, de un sustantivo en adjetivo, etc.).

He aquí cómo en un diccionario como éste aparece la palabra *bachelor*, para la que el idioma inglés distingue cuatro sentidos definidos aquí mediante *marcadores semánticos*:

bachelor

1. (objeto físico), (ser vivo), (macho), (adulto), (nunca casado); < RS >
2. (objeto físico), (vivo), (joven), (caballero), (que sirve bajo la bandera de algún otro); < RS >
3. (objeto físico), (ser vivo), (humano), (poseedor del diploma académico después de sus cuatro primeros años de bachillerato); < RS >
4. (objeto físico), (ser vivo), (animal), (macho), (foca), (sin hembra durante el periodo de la reproducción); < RS >

Evidentemente, los marcadores semánticos del tipo: *objeto físico, animal*, etc., casi no son más que las categorías lógicas de Aristóteles repensadas, pero es difícil juzgar su pertinencia en tanto no se haya construido y hecho funcionar realmente un diccionario de este tipo, lo que no se logrará pronto.

Finalmente, las «categorías» de Aristóteles son diez, los «géneros» de Wilkins son seis y sus «clases» son cuarenta, mientras que es muy claro que «marcadores semánticos» del tipo *que sirve bajo la bandera de algún otro* o *sin hembra durante el periodo de la reproducción*, están desprovistos de valor general y por lo mismo de poder clasificador.

3. *La semántica general.* Rigurosa de otra manera es la *semántica general*, concebida entre otros por Algirdas Julien Greimas, discípulo de Hjelmslev y de Brøndal.

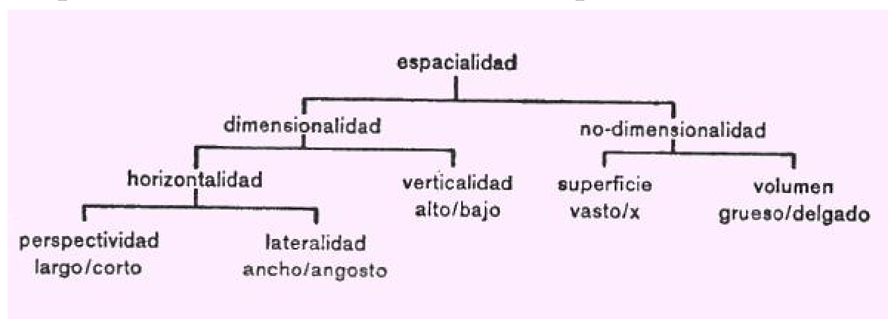
El autor, inspirándose en el modelo fonemático, reduce las unidades léxicas a una componente de unidades sémicas binarias. La obra debe recomendarse por su real fuerza de concepción y su gran rigor de exposición, cualidades que le serían reconocidas con mayor gusto si un cierto número de nociones triviales (tenía que haberlas) no intentaran ser reconocidas como originales bajo una terminología tan irritante como inútil. Finalmente, y esto es común a toda la «nueva gramática», neorracionalista y deductiva, la práctica no está a la altura de la teoría.

Rechazando los criterios positivistas e inductivos, Hjelmslev nos enseñó que un modelo se justifica por *su simplicidad y su exhaustividad*, en la medida en que debe dar cuenta de la totalidad de los hechos observados; y aunque rara vez haya sometido el maestro por sí mismo sus propias hipóte-

sis a la prueba de los hechos, al menos tuvo el cuidado de afirmar la primacía y la necesidad absoluta del criterio de exhaustividad.

En esto fue raramente seguido por sus discípulos, quienes, confiados en la universalidad de la Razón, casi no dudan en desdeñar e incluso sacrificar la realidad en pro de un modelo «bien hecho». Este es a menudo el caso de la *semántica estructural*; que me disculpe el autor: no me refiero tanto a él, sino a un método cuya originalidad y fecundidad podemos reconocer, aunque deploremos sus excesos.

Pero acabemos con un ejemplo: el sistema sémico de la «espacialidad», tal como es concebido por Greimas.



En un sistema de este tipo la noción de *anchura* es definida por los semas «lateralidad, horizontalidad, dimensionalidad, espacialidad».

Tal descripción nos invita a hacer un cierto número de observaciones ya presentadas en páginas precedentes.

Tenemos aquí un sistema conceptual y no léxico, este estudio nace de la lógica y aunque está plenamente justificado, debe quedar claro que lo que estructura son las cosas y no las palabras.

Se recurre a un sistema de seis semas para la definición de ocho conceptos, lo que postula respecto al conjunto de los hechos un tipo de descripción que comprendería casi tantos semas como conceptos se tuvieran y, por lo mismo,

todo lo contrario de un «sistema»; estamos lejos de los casi 30 fonemas y 5 o 6 rasgos pertinentes del sistema fonológico básico.

Definiendo la *altura* por la «verticalidad», la *anchura* por la «lateralidad», lo único que se hace es substituir un signo con un metasigno y se instaura así una especie de discurso tautológico sobre los signos (palabras o textos), que consiste en traducir a un lenguaje en ocasiones alambicado y hermético cosas que son a menudo muy claras.

Finalmente, podemos ver que la lexicología no ha sacado nada hasta ahora del análisis de componentes.[6] Dicho esto quedo persuadido de que constituye una de las aportaciones más positivas y más decisivas de la semiología moderna.

El problema no está resuelto, pero está planteado, y un libró como el de Greimas, a pesar de las reservas que hemos creído deber hacer, ha contribuido a establecer la importancia de la cuestión y las implicaciones epistemológicas y metodológicas.

3. El análisis etimológico

Se pueden hacer dos grandes críticas al análisis de distribución y al análisis de componentes.

Este último, que es un regreso a la tradición racionalista, supera ciertamente y renueva sus límites, en la medida en que el sentido es desde ese momento concebido como una entidad estructural que obtiene sus propiedades de un sistema de oposiciones diferenciales. Mas a pesar de esta mutación decisiva del método antiguo, la semántica estructural no evita la trampa mentalista de una confusión entre la lógica y el lenguaje, entre las palabras y las cosas.

Como se ha dicho, oponer *silla* y *sillón* por medio de «ausencia o presencia de brazos», *largura* y *altura* por «horizontalidad o verticalidad», etc., son operaciones lógicamente muy evidentes, pero nada de las cuales verifica la pertinencia lingüística. Ciertamente, el diccionario define *sillón* como «asiento con respaldo y con brazos para una persona» y esto prueba que los diccionarios se hacen a partir de criterios lógicos; pero el examen de los diferentes nombres de asientos muestra que esos criterios, por evidentes que sean, no son los que el idioma utiliza para conceptualizar y nombrar estos objetos.

Basta observar ciertos nombres motivados del tipo de: *quebradora, mecedora, porquero*, etc., para ver que ninguno se refiere al sistema en cuestión; esto es verificado por la etimología de otros: *Chaise* < *cathedra* («para sentarse») *tabouret* < *tabouret* («pequeño tambor»), *canapé* < *conopeum* («con cortinas»), *fauteuil* < *faldestoel* («asiento plegadizo»), etc.

Así vemos que las relaciones entre las palabras no corresponden a las relaciones entre las cosas; la lógica del lenguaje no es la lógica de los lógicos. Esta observación condujo, desde tiempo, a reconocer la *alogicidad* de los fenómenos lingüísticos; de ahí se originó el formalismo antimentalista y su rechazo de toda referencia a una lógica desprovista de valor crítico.

Pero al hacer esto, el análisis de la distribución se condena, como lo hemos visto, a quedarse en la superficie del léxico, en un nivel en que las palabras, débilmente estructuradas, estallan en una multitud de pequeños «campos» aislados.

Este fracaso fue le que acarreó la reacción mentalista de la actual semántica estructural. Esta ha comprendido que

las estructuras podían formularse únicamente en la profundidad de cierto nivel de abstracción y de generalidad. Pero está en vías, a lo que opino, de cometer un error fundamental al buscar estos «universales» del lenguaje en la lógica; y en especial, en las definiciones de los diccionarios que tradicionalmente son de origen lógico y no lingüístico.

Este neo-racionalismo es solamente un regreso a la «lengua filosófica» de Wilkins y de Leibniz, aunque el fracaso de esta última debería hacernos reflexionar.

Así, la polémica actual: mentalismo contra antimentalismo, parte a mi juicio de una visión inexacta de la relación lingüística. Es verdad que esta relación es específica y que por lo mismo escapa de la lógica; pero es falso que sea a-lógica. Entre el formalismo de los unos y en neo-racionalismo de los otros, debería existir un tercer camino que siguiera las huellas de una lógica de las palabras, distinta de la lógica de las cosas e inmanente al sistema.

En cuanto a mí, pienso que se la podría encontrar por medio de la etimología, quedando bien entendido que no se trataría aquí de una definición y de una clasificación etimológicas de las palabras, de tipo tradicional.

Partiendo de esta idea, he tratado de definir, con el título de *Structures étymologiques du lexique français*, un método de análisis estructural del sentido. Insisto en este punto, pues el título, intencionalmente ambiguo, ha podido hacer pensar que se trataba de un estudio histórico. De hecho, la etimología está aquí al servicio de la sincronía y lo que está en cuestión es una definición de las estructuras sémicas de las palabras.

No tengo la intención de oponer o de comparar siquiera este método con el análisis de la distribución o con el de los componentes. De hecho, pienso que los tres son comple-

mentarios, que cada uno verifica o comprueba a los otros dos o, en ocasiones, esclarece ciertos terrenos, ciertos problemas colocados fuera del alcance de los otros dos.

La idea subyacente del método es que el contenido sémico de una palabra está en relación con el de su étimo.

Pero tomemos un ejemplo: ¿Cómo definir el contenido sémico del *engaño*?

El análisis de distribución confrontará el conjunto de las distribuciones de la palabra.

El análisis de componentes imaginará un sistema sémico *ad hoc*, cuya manera de hacer las combinaciones pueda dar cuenta de esta distribución.

El análisis etimológico comenzará por establecer un inventario de todas las palabras que signifiquen: *engañar, engaño, engañador*, y a partir de la etimología de cada una de ellas reconstruirá el sistema de estas categorías etimológicas.

Este análisis y manera de ver las cosas «etimológico» vuelve a plantear evidentemente cierto número de cuestiones en términos nuevos: relación entre diacronía y sincronía, entre estructura e historia, entre motivación y arbitrariedad, etc.

Nuestro ejemplo, por otra parte, da lugar a un cierto número de objeciones que ya hemos encontrado; una vez más estamos en presencia de un campo léxico reducido (el del «engaño») y no de un sistema propicio para dar cuenta del léxico en su totalidad.

A falta de tal sistema, cuya realización es seguramente lejana, en el supuesto de que sea realizable, mostraremos en un nuevo ejemplo que el método está dotado de un gran poder de abstracción y generalización.

En el ejemplo precedente, partimos de una noción (el «engaño») y mostramos que las palabras que lo expresan constituyen un sistema sémico; se puede también adoptar el procedimiento inverso, es decir, reagrupar en una clase etimológica todas las palabras que provienen de un mismo étimo, cualquiera que sea, por otra parte, su sentido actual.

Es lo que hicimos con las palabras que obtienen su significación de la idea de «golpe», entre las que se encuentran verbos, instrumentos y cosas o seres objeto de un golpe.[7] Estas palabras son muy numerosas y forman un conjunto de una extrema variedad, cuyos términos no presentan ninguna relación semántica inmediata.

Pues ¿cuál podría ser el nexo «lógico» entre palabras tan diferentes como *toqué* (tocado, chiflado), *taquin* (tacaño, díscolo), *chic* (elegante, buena o generosa persona)…, *piquer* (picar), *tacher* (manchar), *tricher* (hacer trampas)…, *coupon* (desprendible, cupón), *tampon* (sello), *tapin* (tamborzuelo), etc.? ¿Ninguno?

El análisis muestra, sin embargo, que en francés todas proceden del étimo que primitivamente significaba «dar un golpe», pasando por golpes específicos (estocada, golpe cortante, golpe plano, golpes repetidos etc.), así como los objetos empleados para tales golpes y los resultados de las acciones correspondientes. En francés, un *toqué* es de hecho «el objeto (persona) con un golpe en la extremidad (en la cabeza)», un *tampon* es «el instrumento u objeto que recibió un golpe dado con algo plano», *taquiner* (molestar insistentemente) significa «dar golpecitos», *croquer* (masticar con ruido, morder cosas que crujen) y *chiquer* (masticar) es «ejecutar (un croquis o dibujo) a grandes trazos», etc., y si bien es cierto que *toqué, tampon y chic* se hallan bien alejados y dispersos en el eje horizontal, en la extremidad superior y «superficial» del árbol taxonómico, en cambio, son

muy vecinos en el eje vertical, como queda atestiguado, por lo demás, con expresiones del tipo un *coup d'éclat* (hazaña o proeza: como un golpe luminoso o «apantallador»), *un coup de vin* (golpe de vino: chispa), un *coup de cafard* (golpe de depresión: momento de depresión), y otras más.

Un *coup d'éclat* es una «acción brillante», siendo el *golpe* la forma metafórica de toda acción transitiva, de todo «hacer» y, secundariamente, de todo «trabajo».

Un *coup de cafard* es un golpe (metafóricamente) recibido en la cabeza.

Un *coupon d'étoffe* (retazo, cosa cortada, «cupón» de tela) es una porción separada de la tela por un golpe cortante; de ahí viene por analogía *un coup de vin*, y otras expresiones semejantes.

Partiendo de estos antecedentes, el modelo ha sido tomado para la formación de huen número de verbos que expresan la idea de «dar un golpe»: *toquer, taquer, piquer, chiquer, taper, toper* (tocar, nivelar, picar, mascar, golpear, darse la mano).

No se trata de confundir la sincronía (descripción de cambios lingüísticos a través del tiempo) y sólo proceder a definir las palabras partiendo de su étimo original. No habremos de poner en duda la autonomía de esos dos ejes, pero lo que es cierto «en la superficie del discurso» —que es el único nivel en que el análisis léxico se ha colocado hasta ahora—, deja de serlo en la «estructura profunda». En este nivel, al que nos permite acceder la etimología, vemos que la oposición deja de imponerse, que diacronía y sincronía coinciden y que se organizan estructuras poco numerosas, sencillas y quizá universales, que «engendran» al conjunto del léxico, a partir de un número reducido de reglas de derivación.

La reconstrucción de estas estructuras etimológicas (o elementales o profundas), la definición de las reglas de transformación a través de las cuales se actualizan las palabras en la superficie del uso, deberían aclarar el problema del sentido de una manera decisiva.

El análisis de la distribución, es un enfoque que se queda en la superficie del discurso, proclama la «alogicidad fundamental» del léxico; mientras que el análisis de los componentes, es un procedimiento que busca en la estructura profunda un reflejo de la lógica general. La etimología estructural tendería a mostrar que hay efectivamente una lógica del lenguaje, pero que obedece a reglas específicas y diferentes de las de la lógica y que por lo tanto, no podrían ser aplicadas a una semántica que se proclama lingüística.[8]

4. El análisis estadístico

La edición original de este libro comprende algunas líneas acerca de las características estadísticas del léxico. Las investigaciones en este terreno han avanzado mientras tanto.

Deseo mencionar aquí mis propios trabajos[9] no para darles un destino privilegiado, sino porque son los únicos, a lo que tengo entendido, que hayan intentado dar una definición cuantitativa de «sentido». Además, el interés de esta definición está en una concepción «componencial», que alcanza y en parte confirma plenamente los postulados de la «semántica estructural» (*cfr. supra*, p. 108).

Pero, antes que nada, cierto número de observaciones.

Las primeras, ya antiguas, se deben al lingüista norteamericano G.K. Zipf,[10] quien establece que la frecuencia de

las palabras en un texto o en un conjunto de textos corresponde a distribuciones estables.

Así, las palabras clasificadas por orden de frecuencias decrecientes se distribuyen según una curva tal que el producto del rango por la frecuencia es igual a una constante: rf = constante.

Además, hay una estrecha correlación entre el número de palabras de una frecuencia dada (*es decir*, empleadas 1, 2, 3, etc., veces) y esta frecuencia, las categorías de baja frecuencia llevan consigo la mayor cantidad de palabras; así, en un texto que comprende 600 palabras empleadas 1 sola vez, se encontrarán 200 palabras empleadas 2 veces, 100 palabras empleadas 3 veces, etc. y estas proporciones son constantes y universales: nf^2 = constante.

Estos índices fueron precisados desde entonces y la universalidad de estas relaciones fue comprobada y reconocida como una propiedad del discurso.

Se notará que las dos ecuaciones no son más que formas diferentes de una misma relación y que se puede economizar la primera.

También, que esta relación no es una propiedad únicamente del lenguaje, sino que se encuentra igualmente en muchos fenómenos económicos, sociales y naturales: distribución de las clases de ingresos, de los comercios en función de su número de ventas, de las ciudades en función del número de sus habitantes, de las cabinas telefónicas en función del número de llamadas, etcétera.

A estos hechos, que he estudiado yo mismo en una obra intitulada *Les caractères statistiques du vocabulaire* (París, 1954), como otros investigadores, he agregado después nuevas observaciones.

Así, Zipf había ya notado que la frecuencia de una palabra está ligada a su complejidad fonética: cuanto más larga es una palabra, es menos frecuente. Yo mismo precisé esta observación mostrando que el número de fonemas de una palabra es proporcional a su contenido de información (*es decir*, logaritmo de su probabilidad) según la fórmula $-\log p/(k+1) =$ constante.[11]

Una vez establecida esta distribución, es fácil mostrar que está en relación directa con las dos ecuaciones de Zipf y todo ocurre, pues, como si la frecuencia de las palabras fuera determinada por el número de fonemas que las componen.

Sin embargo, esta hipótesis que yo concebía en esa época está lejos de ser satisfactoria. Intuitivamente y *a priori* se inclina uno a imaginar que la selección de una palabra y por lo mismo el número de sus usos debería ser determinado por su significación y no por su forma fónica.

Zipf había notado ya, además, que el número de sentidos que puede tomar una palabra es proporcional a la raíz cuadrada de su frecuencia.

Yo mismo verifiqué y precisé esta relación, mostrando, a partir de un análisis de los diccionarios, que el número de palabras que tengan 1, 2, 3, etc., sentidos distintos obedece a una distribución constante y que es además de la misma forma que la ecuación de Zipf; que esta misma ley determina la distribución de los derivados morfemáticos, es decir del número de raíces que son representadas por 1, 2, 3, etc., palabras obtenidas por sufijación, prefijación, composición.

Finalmente, esta distribución común a los derivados semánticos y a los derivados morfemáticos es la misma que la distribución «géneros-especies» de Willis, que determina en las taxonomías naturales el número de géneros (botánicos, entomológicos) representados por 1, 2, 3, especies.

Se ve, pues, que los diferentes sentidos de una palabra serían como las «especies» del «género» constituido por esta palabra; e igualmente, los diferentes derivados morfológicos como las «especies» del «género» que sería la raíz.

Estas observaciones reproducidas de acuerdo con mis *Structures étymologiques du lexique français* (p. 183), figuran en el cuadro de la página siguiente.

Del conjunto de estos hechos, que no podemos analizar aquí, se desprende que hay una relación directa entre el número de sentido de una palabra y su frecuencia y que esta relación corresponde a una distribución constante y universal.

Pero, como además esta frecuencia está ligada al número de fonemas de la palabra, resulta de ello que hay una relación entre el número de sentidos de una palabra y su número de fonemas, relación que por lo demás es fácil de establecer y de observar.

Número de derivados por palabra	1 *modelo*	2 *derivados semánticos*	3 *derivados morfológicos*	4 *géneros/ especies*
1	600	578	500	573
2	180	189	205	176
3	90	109	102	85
4	40	41	66	36
5	26	27	41	20
6	17	19	28	incompleto
7	12	15	14	
8	9	10	10	
9	7	3	6	
10	5	5	5	
+ 10	14	17	34	

Entonces se presenta a nuestra mente la hipótesis de que esta frecuencia es determinada por la forma sémica del significado y no por la forma fónica del significante, pero que estas dos formas son homologas. Es decir, que el significado está formado por un «paquete de semas», así como el significante lo está por un «paquete de fonemas» y que existe un «sistema sémico» que es de la misma naturaleza (formalmente) que el sistema fonemático.

Queda ahora por imaginar una matriz matemática, un modelo, que dé cuenta del conjunto de observaciones que poseemos. La fonemática permite imaginar un sistema de 32 «unidades sémicas», combinadas según un cierto número de reglas.

Estas 32 unidades serán puestas en 16 parejas binares de oposiciones tales que en un mismo significado pueda aparecer uno solo de los miembros de la pareja; por ejemplo: *animado/inanimado, actor/proceso*, etc.[12]

Imaginemos ahora que formáramos «palabras» a partir de todas las combinaciones posibles de estos 16 «disemas» (semas dobles) con la regla de que una misma unidad sémica no pudiera ser utilizada dos veces en una misma «palabra»; en seguida, combinemos las «palabras» así obtenidas, entre ellas, con la regla de las «palabras» combinadas en un mismo sintagma no pueden tener un mismo sema en común.

Se obtiene entonces la matriz siguiente, que da el número de «palabras» compuestas de 1, 2, 3, ..., 16 semas y en cada categoría el número de combinaciones posibles con las otras «palabras» del sistema.

Matriz de las combinaciones de un sistema de 16 elementos:

Número de "semas"	*Número de signos*	*Número de "sentidos"*
1	16	128
2	120	64
3	550	32
4	1 850	16
5	4 300	8
6	8 000	4
7	11 400	2
8	12 000	1
9	11 400	
10	8 000	
11	4 300	
12	1 850	
13	550	
14	120	
15	16	
16	1	



Si se admite que estas combinaciones «sintácticas» definen los diferentes sentidos de la «palabra», se obtiene entonces, hipotéticamente, el modelo del número de palabras con 1, 2, 3, etc., sentidos, modelo que corresponde estrechamente a la distribución observada a partir de una compilación de los diccionarios. Se notará que el sistema sémico está cerrado (16 disemas) y que el número de *sentidos* está ligado no al número de semas de la palabra sino al número de semas ausentes de la palabra. Así una palabra compuesta por 7 semas implica 9 semas ausentes (16 - 7 = 9) y ésta es la cifra que determina el número de relaciones sintagmáticas que puede establecer la palabra y por lo mismo sus sentidos.

Se comprende, pues, por qué el número de sentidos es inversamente proporcional al número de semas, y como éste último es inversamente proporcional a la probabilidad, resulta de ello que el número de sentidos es proporcional a la frecuencia.

Esto es lo que muestran los datos inmediatos e intuitivos de la observación, los cuales nos dicen que una palabra muy general (por ejemplo *hacer, animal*, etc.) tiene un débil contenido sémico, pero en cambio un gran número de sentidos y una frecuencia grande. Lo inverso es verdadero para una palabra específica (por ejemplo *contornear, pequinés*, etc.).

El interés de nuestro análisis está en cuantificar estas observaciones e interpretarlas.

Así, si la frecuencia está determinada por el número de semas que constituyen la palabra, se podrá calcular la probabilidad de cada sema que es condicionada por la forma de la matriz;[13] en este caso 0,144, lo que corresponde una vez más, notablemente, a la realidad observada.

Así tenemos 16 categorías morfológicas (de 1, 2, 3, ..., 16 semas) que comprenden cada una un número determinado de palabra (16, 120, 550, etc.) así como una probabilidad dada ($0{,}144^2$; $0{,}144^3$; $0{,}144^4$, etc.). Se puede entonces, a partir de la fórmula de Poisson y para un texto de una longitud determinada, calcular, en cada categoría, el número de palabras que deben salir 0, 1, 2, 3, etc., veces. Finalmente, se sumará el conjunto de las palabras salidas 0 veces, las salidas 1 vez, las salidas 2 veces, etc., para obtener las palabras salidas por lo menos 1 vez, 2, 3, etc., veces. Estos cálculos arrojan resultados sorprendentemente próximos a todas las observaciones que han podido hacerse hasta ahora y comprueban también el conjunto de las distribuciones que describimos anteriormente.

Estos cálculos son evidentemente fastidiosos, por lo cual está en curso un programa cuyo objetivo es el de confiarlos a una computadora.

Ya desde ahora se puede esperar que tal programa generará, respecto a un texto dado, no solamente el número de palabras empleadas 1, 2, 3, etc., veces, sino, en cada una de estas categorías, el número de palabras que tengan 1, 2, 3, etc., fonemas, el número de palabras que tengan 1, 2, 3, etc., sentidos.

No se podría afirmar, en el actual estado de cosas, que este modelo corresponda a la realidad; da cuenta de la realidad, pero sin duda se podría, haciendo variar los diversos parámetros (número de semas, reglas de combinación, redundancia) construir otros modelos que satisficieran esas mismas condiciones. Dicho esto, y este es el punto importante, tales modelos serían probablemente del mismo tipo del que hemos presentado aquí.

Es pues muy razonable imaginar que la conceptualización se opera a partir de las combinaciones de un pequeño número de unidades sémicas, número que podría ser aproximadamente de 32, o de 16, modificando las exigencias de la matriz.

Estos semas representan, en el nivel de los significados, un sistema que es análogo al sistema fonemático en el nivel del significante.

Finalmente, se puede imaginar que estos mismos semas son construidos a partir de combinaciones de un pequeño número de signos binarios que corresponderían a los «rasgos pertinentes» de la fonemática; el número de estos elementos de semas sería 5 en el caso de un sistema de 32 semas y 4, en un sistema de 16 semas.[14]

Sin ir más adelante en el análisis de este modelo y de sus implicaciones, para terminar, deseamos hacer algunas observaciones.

Este modelo confirma las tesis de la semántica de los componentes, postulando un pensamiento «discreto», cuyas formas conceptualizadas son producto de elementos de significación distintos. Pero postula, al mismo tiempo, que dicho sistema sémico debería ser muy reducido y muy abstracto y que no podría tratarse de nociones tan complejas y por tanto superficiales como «lateralidad», «asiento sin brazos» o «joven macho sin hembra en el momento del celo», etc.

Estos semas son en realidad pocos (quizá unos 30); dicho esto, nuestro análisis no prejuzga respecto a su contenido. Podría tratarse de las «categorías» de Aristóteles o de cualquier otro sistema. Es igualmente difícil decir si tal código es universal en el nivel de las «estructuras profundas» o si varía con los lenguajes y las culturas.

Otro problema queda planteado por la generalidad de estas distribuciones, las cuales, como se ha dicho, no son propias únicamente del lenguaje sino también de fenómenos económicos, sociales, naturales. Parece que si contenidos tan variados pueden adoptar la misma forma, quiere decir que esta formulación depende de un mismo mecanismo y de una misma función. Todo indica que podría tratarse de un sistema de código mental, cuya naturaleza sería determinada por la fisiología de la percepción.

Las 4 o 5 señales cuyas combinaciones imaginamos en 16 (o 32) semas podrían corresponder a canales cerebrales en relación con nuestros sentidos. Y este entrecruzamiento de combinaciones constituiría la Razón e impondría su forma única y universal a toda realidad conceptualizada, cualquiera que fuera su contenido. Esto explicaría finalmente, entre otras cosas, la homología del sistema significado y del sistema significante.

Otro problema es planteado por la definición del sentido. Está claro que se trata de una relación; no de un contenido de la palabra, sino de propiedades sintácticas en potencia y que definen las posibilidades de combinarlo con las otras palabras del sistema.

Sin embargo, esto no significa que las palabras no tengan contenido, como lo proclama la mayor parte de los estructuralismos. Los conceptos tienen un contenido sémico en la medida en que son resultado de una combinación de semas, y son precisamente estos semas los que determinan las posibilidades de relación de la palabra, es decir sus *sentidos.*

Semas y *sentidos* constituyen pues, dos entidades distintas. Se notará además, que el modelo que da cuenta de la relación entre los sentidos y las frecuencias postula que el *número* de los sentidos no es determinado por el número de

semas contenidos en la palabra (al menos directamente) sino por el número de los *semas ausentes de la palabra.* Esto es lo que explica que cuanto más complejo sea el contenido sémico de una palabra, más disminuye el número de sus sentidos, al mismo tiempo que disminuye su frecuencia.

Diré finalmente una palabra sobre el contenido de estos semas. Las definiciones de los diccionarios nos remiten generalmente a términos cada vez más generales, hasta el momento en que giramos en redondo. Así, *golpe* es definido por «*movimiento* por el que un cuerpo va a chocar con otro»; *movimiento* por «cambio de posición en el *espacio* en función del tiempo»; *espacio* por «medio ideal, caracterizado por la exterioridad de sus partes, en el cual son localizadas nuestras percepciones y que contiene, consecuentemente, todas las extensiones finitas» (Lalande).

En este nivel encontramos nociones tales como: *tiempo, espacio, identidad, negación, relación, sustancia*, etcétera.

Y estas nociones no pueden ser definidas, son axiomas. Es muy probable que el sistema sémico imaginado por nosotros constituya una axiomática. Si este fuera el caso, se plantearía entonces el problema de saber si dicha axiomática es universal y si la semántica es una o si hay, por el contrario, varias semánticas, como existen lógicas no aristotélicas o geometrías no euclidianas.

Pero si las *sustancias* de estos sistemas pueden variar según las culturas, parece que su *forma* queda siendo condicionada por las necesidades de una razón natural.

BIBLIOGRAFÍA SUMARIA

E. Benveniste, «Nature du signe linguistique», *Acta Lingüistica*, I, 1939.

___, «Les problèmes sémantiques de la reconstruction», *Word*, dic., 1954.

M. Bréal, *Essai de sémantique. Science des significations*, París, 1897.

R. Carnap, *Introduction to Semantics*, Cambridge, Mass., 1942.

A. Darmesteter, *La vie des mots*, París, 1886.

G. Esnault, *Imagination populaire, métaphores occidentales*, París, 1925.

A.-J. Greimas, *Sémantique structurale*, 1966.

L. Guilbert, «Le lexique», *Langue Française*, núm. 2, 1969.

P. Guiraud, *La stylistique*, «Que sais-je?», núm. 646, París.

___, *La sémiologie*, 1971.

___, *Structures étymologiques du lexique français*, 1967.

J.-J. Katz, *La philosophie du langage*, trad. 1971.

A. Korzybski, *Science and Sanity, An Introduction to Non-Aristotelian Systems and General Semantics*, Lakeville, Conn.

G. Matoré, *La méthode en lexicologie*, París, 1953.

A. Meillet, *Linguistique historique et linguistique générale*, París, 1921.

G. Mounin, *Clefs pour la linguistique*, 1972.

Ch. Morris, *Foundations of the Theory of Signs.*

Kr. Nyrop, *Grammaire historique de la langue française.* IV: *Sémantique*, Copenhague, 1913.

A.W. Read, «An account of the word Semantics», *World*, IV, 1948.

M. Schöne, *La vie et la mort des mots*, Que sais-je?, núm. 270, París.

E. de Saussure, *Cours de linguistique générale*, París, Lausana, 1916.

A. Rey, «La lexicologie», *Lectures*, París, 1970.

___, «La sémantique», *Langue française*, núm. 4, 1969.

J. Rey-Debove, *Étude linguistique et sémiotique des dictionnaires français contemporain*, 1971.

L. Spitzer, *Essays on Historical Semantics.*

G. Stern, *Meaning and Change of Meaning. With Special Reference to the English Language*, Gotemburgo, 1931.

T. Todorov. «Recherches sémantiques», *Langages*, núm. 1, 1966.

S. Ullmann, *The Principles of Semantics*, Glasgow, 1961.

___, *Précis de sémantique française*, Berna, 1952.

NOTAS

[1] «La semántica, un arma de los rojos en la lucha contra la libre empresa». <<

[2] M. Bréal, «Les lois intellectuelles du langage, fragments de sémantique», en *Annuaire de l'association pour l'encouragement des études grecques en France*, XVII (1883). <<

[3] La terminología no ha sido fijada todavía; algunos lingüistas designan como sentido y significación lo que llamo más adelante (p. 34) sentido de base y sentido contextual. <<

[1] Desgraciadamente no ha sido posible todavía llegar a un acuerdo sobre el valor de este vocablo; los distintos autores emplean la palabra «símbolo» con las acepciones más diversas. <<

[2] Las artes llamadas «puras» son estímulos no asociados, no representan lo real, sino que son realidad; no son signos sino objetos. Las artes abstractas son iconográficas en la medida en que reproducen ciertos caracteres de la realidad. <<

[3] Véase P. Guiraud, *Pour une sémiologie de l'expression poétique*, Universidad de Lieja, 1961, y mis artículos del *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris.* <<

[4] El solo ejemplo, siempre citado, es la palabra «gas», pero ya ha sido aclarado que se formó a partir del vocablo «caos». De otro tipo son las formaciones publicitarias, como *kodak, dop, oxo.* <<

[1] La terminología varía; algunos autores hablan de *sentido* y *efectos de sentido*; otros, de *sentido* y *significación.* <<

[2] La palabra «valor» se toma aquí con un sentido distinto al que le da Saussure, para quien es el matiz de sentido que la palabra deriva de sus relaciones con las demás palabras del sistema glótico (p. 83). <<

[3] Algunos autores distinguen las *connotaciones* (que corresponden a nuestras asociaciones extranocionales) por oposición al sentido *denotado*». <<

[4] Véase P. Guiraud, *La stylistique*, colección *Que sais-je?*, París, 1954 [hay trad. esp.]; en el capítulo III, «Estilística de la expresión», se discute con mayor detalle lo aquí esbozado. Distinguimos ahí valores *impresivos* de valores *expresivos*; en la presente obra los consideramos bajo la expresión única «valores expresivos». <<

[1] Únicamente la falta de espacio me lleva a no tratar por ahora con mayor amplitud el problema, de lo cual no debe desprenderse que haya perdido interés, sino nada más que lo considero bien conocido. <<

[2] Woodrow y Lowell, «Children's association frenquency tables», en *Psychological Monographs*, 22, n.º 97, 1916. <<

[1] H. Sperber, *Einführung in die Bedeutungslehre*, Leipzig. <<

[2] Para más detalles, véanse las interesantes páginas de Ramón Menéndez Pidal (*Orígenes del Español*, t. VIII, pp. 396-405, de sus *Obras Completas*, Espasa Calpe, 1956), ilustradas con un mapa, sobre «Los nombres de la mustela». [T.] <<

[3] J. Gilliéron, *Généalogie des mots qui désignent l'abeille*, París, 1918. <<

[4] A. Meillet, «Comment les mots changent de sens», en *Armée sociologique*, 1905-06. <<

[5] A. Meillet, *op. cit.* <<

[6] K. Nyrop, *Grammaire historique de la langue française; IV, Sémantique*, Copenhague, 1913. Las causas del cuarto tipo, que son las psicológicas, son adición de Nyrop. <<

[1] R. M. Meyer, «Bedeutungssysteme», en *K.* Z., XLIII, 352-368 (1910). <<

[2] H. A. Hatzfeld, «Linguistic investigation of old French high spirituality» (con buena bibliografía), en *PMLAA*, LXI, 331-378 (1946). <<

[3] G. Ipsen, «Der neue Sprachbegriff», en *Zeit. für Deutschkunde*, XLVI, 1932. <<

[4] Ch. Bally, en *Français Moderne*, VIII, p. 195 (1940). <<

[5] G. Matoré, *La méthode en lexicologie. Domaine français.* E. Didier, París, 1950. <<

[6] H. Sperber, *Einführung in die Bedeutungslehre*, Leipzig. <<

[7] Véase mi artículo sobre la semiología de la expresión poética, *op. cit.* <<

[8] Belin-Milleron, *La réforme de la connaissance.* Ed. Arrault et Cie., 1942. <<

[1] L. Bloomfield, *Le langage*, París, Payot, 1970 (la primera edición es de 1933); Z. S. Harris, *Structural Linguistics* (1951). <<

[2] Jean Dubois, «Distribution, Ensemble et Marque dans le lexique», en *Cahiers de lexicologie*, 4, 1964, I, pp. 8 *ss.* <<

[3] Es ahí en donde se estrella, pues su análisis es pertinente sólo en la medida en que lo son las definiciones de los

diccionarios. ¿Y lo son realmente? (*Cfr. infra*, pp. 119 *s.*). <<

[4] J.C. Gardin, *Le fichier mécanographique de l'outillage*, Beirut, Instituto Francés de Arqueología (1956); *Id.*, «Four codes for the description of artifacts: an Essay in Anthropological technique and theory», en *American Anthropologist*, vol. 60, núm. 2, 1960. <<

[5] Véanse bibliografía y ejemplos en T. Todorov, Rey, Guilbert (*op. cit.*, Bibliografía sumaria). <<

[6] Sobre esto véase las críticas de J. Rey-Debove, en *Étude linguistique des dictionnaires français contemporains.* <<

[7] Distribución y transformación de la noción de «golpe», en *Langue française*, núm. 4, diciembre, 1969, *La sémantique* (editado por A. Rey), pp. 67-74. <<

[8] No es que haya dos lógicas, sino que la lógica de las relaciones semánticas se encuentra sometida a los azares de la situación histórica; es la misma situación que se da en fonética histórica, en donde se ve que las reglas fracasan constantemente, sin que por ello sean puestas en duda. <<

[9] Pierre Guiraud, «Le substrat informationnel de la sémantisation», *Bull. Soc. Ling.* de París, 1954, pp. 120-133; «Structures aléatoires de la double articulation», *ibid.*, 1963, pp. 97-114; «Structures élémentaires de la signification», *ibid.*, 1964, pp. 97-114; «Structure aléatoire de la dérivation», en *Structures étymologiques du lexique français*, pp. 180-188. <<

[10] Entre otras *Human Behavior and the Principle of Least Effort* (Cambridge, Mass., 1949). <<

[11] Donde k es el número de fonemas y donde + 1 representa un signo suplementario que marca el fin de la palabra. Por ejemplo, lo blanco de la escritura o cualquier otra marca. <<

[12] Estos contenidos son dados a modo de ejemplo, pero no se debe prejuzgar sobre la naturaleza de estos «semas»;

en efecto, todo hace pensar que se trata sin duda de elementos de código vacíos, necesarios (y universales) en cuanto a la forma de sus combinaciones, pero investidos de un sentido contingente. <<

[13] Si se admite que la «palabra» lleva consigo un sema suplementario de límite de «palabra», se tiene: 16 p^2 + 120 p^3 + + 550 p^4, … + 1 p^{17} = 1, lo que da p = 0,144, siendo p la probabilidad de un sema. <<

[14] Se sabe que el código genético se basa sobre un sistema de 4 elementos. El problema, todavía no resuelto, de saber si la base es 5 o 4 es muy importante, pues en el segundo caso se pueden imaginar sistemas binarios. <<

ÍNDICE